

ARTE Y LETRAS

REVISTA ILUSTRADA

ARTE

Pescadoras de cangrejos, cuadro de Beyle.—*Restauración de S. Francisco el grande*, pintura mural de Manuel Domínguez.—*La cuna*, dibujo á pluma de A. Fabrès.

COLABORADORES LITERARIOS

SRA. PARDO BAZÁN—SRES. ALAS—ALFONSO—ARAUJO—CAMPOAMOR—GENER—LEZAMA
 NAVARRO (FELIPE B.)—OLLER—PALACIO VALDÉS—PALACIO (EDUARDO)
 PÉREZ GALDÓS—SARDÁ—SELLÉS—TABOADA—YXART

COLABORADORES ARTÍSTICOS

FABRÈS—FOIX—FONT—GÓMEZ SOLER—MARQUÉS—LORENZALE (R.)—LLIMONA
 PAHISSA—PRADILLA—PELLICER—RIQUER—TAMBURINI

LETRAS

Advertencia importante.—*La Borgoñona*, por Emilia Pardo Bazán.—*El drama de las bambalinas*, por A. Palacio Valdés.—*Crónica parisiense*, por Pompeyo Gener.

Año 1883

Barcelona, Diciembre

Núm. 15

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Deseosos de introducir en nuestra publicación ARTE Y LETRAS nuevas y señaladas mejoras que reclama desde luego el creciente favor con que es recibida, nos proponemos sustituir el reparto de esta Revista y lámina adjunta con el de tomos de obras escogidas de autores clásicos españoles.

À partir, pues, de Enero del año próximo, el suscriptor á la Biblioteca ARTE Y LETRAS, recibirá mensualmente y sin aumento alguno en el precio de la suscripción, en lugar de un número de esta Revista con la lámina, un tomo de 300 páginas de buen papel y esmerada impresión y ricamente encuadrado en tela con relieves, que contendrá una ó más obras de nuestra literatura clásica, así las de los grandes escritores ascéticos como las de los principales novelistas, historiadores, poetas dramáticos, etc., etc.

No es necesario encarecer las ventajas y utilidad de esta reforma, que asegura al suscriptor en el espacio de un año, además de la rica y variada colección de doce tomos de la Biblioteca ARTE Y LETRAS otra igual en importancia, tamaño y número de ejemplares, conteniendo las más famosas producciones de nuestros inmortales ingenios.

Véase el prospecto, y anuncio de la última página.

LA BORGÑOÑA



CUANDO encontré esta leyenda en una crónica franciscana—cuyas hojas amarillentas soltaban sobre mis dedos curiosos el polvillo finísimo que revela los trabajos de la polilla—quedéme un rato meditabunda, discurriendo si la historia, que era edificante para nuestros sencillos tatarabuuelos, parecería escandalosa á la edad presente.—Porque hartas veces observo que hemos crecido, sino en maldad, al menos en malicia, y que nunca un autor necesitó tanta cautela como ahora para evitar que subrayen sus frases é interpreten sus intenciones y tomen por donde quemar sus relatos más inocentes. Así todos andamos recelosos y, valga esta impropia metáfora, con la barba sobre el hombro, de miedo de escribir algo funesto para la moral y las costumbres.

Pero acontece que si llega á agradarnos ó á producirnos



PESCADORAS DE CANGREJOS

honda impresión un asunto, no nos sale ya fácilmente de la cabeza, y diríase que bulle y se revuelve allí cual el feto en las maternas entrañas, solicitando romper su cárcel oscura y ver la luz. Así yo, desde que leí la historia milagrosa que, dejando escrúpulos á un lado, voy á contar no sin algunas variantes, viví en compañía de la heróina, y sus aventuras se me aparecieron como serie de viñetas de misal, rodeadas de orlas de oro y colores y caprichosamente iluminadas, ó á modo de vidriera de catedral gótica, con sus personajes vestidos de azul turquí, púrpura y amaranto. ¡Oh quién tuviese el candor, la hermosa serenidad del viejo cronista, para empezar diciendo: «En el nombre del Padre!...»

I

Era muchos, muchos años, ó por mejor decir, muchos siglos hace; el tiempo en que Francisco de Asís, después de haber recorrido varias tierras de Europa exhortando á la pobreza y á la penitencia, enviaba sus discípulos por todas partes á continuar la predicación del Evangelio.

Los pueblecillos y aldehuelas de Italia y Francia estaban acostumbrados ya á ver llegar misioneros peregrinos, de sayal roto y descaizos piés, que se iban derechos á la plaza pública, y encaramándose sobre una piedra ó sobre un montón de escombros, pronunciaban pláticas fogosas, condenando los vicios, increpando á los oyentes por su tibieza en amar á Dios. Bajábanse después del improvisado púlpito, y los aldeanos se disputaban el honor de ofrecerles hospitalidad, lumbre y cena.

No obstante, en las inmediaciones de Dijón existía una granja aislada, á cuya puerta no había llamado nunca el peregrino ni el misionero. Desviada de toda comunicación, sólo acudían allí tratantes dijoneses, á comprar el excelente vino de la cosecha; pues el dueño de la granja era un cosechero ricote y tenía atestadas de toneles sus bodegas y de grano su troj. Colono de opulenta abadía, arrendara al abad por poco dinero y muchos años pingües tierras, y, según de público se contaba, ya en sus arcas había algo más que viento. Él lo negaba; era avaro, mezquino, escatimaba la comida y el salario á sus jornaleros, jamás dió una blanca de limosna, y su mayor despilfarro consistía en traer á veces de Dijón una cofia nueva de encaje ó una tosca medalla de oro á su hija única.

Omite la crónica el nombre de la doncella, que bien pudo llamarse Berta, Alicia, Margarita ó cosa por el estilo, pero á nosotros ha llegado con el rótulo de *la Borgoñona*. De cierto sabemos que la hija del cosechero era moza y linda como unas flores, y á más tan sensible, tierna y generosa como duro de cozer y tacaño su padre. Los mozos de las cercanías bien quisieran dar un tiento á la niña y de paso á la hucha del viejo donde se guardaba sin duda una apetitosa dote en relucientes monedas de oro; mas nunca requiebros de gañanes tuvieron de rosa las mejillas de la doncella, ni apresuraron los latidos de su seno. Indiferente los escuchaba, acaso riéndose de sus extremos y finezas amorosas.

Un día de invierno, al caer de la tarde, hallábase la Borgoñona sentada en un poyo ante la puerta de la granja, hilando su rueca. El huso giraba rápidamente entre sus dedos, el copo se abría y un tenue hilo, que semejaba de oro, partía de la rueca ligera al huso danzarín. Sin interrumpir su maquinalear, la Borgoñona pensaba, involuntariamente, en cosas tristes. ¡Qué solitaria era aquella granja, Madre de Dios! ¡Qué aire tenía de miseria y de vetustez! Nunca se oían en ella risas ni canciones; siempre se trabajaba calladito, plantando, cavando, podando, vendimiando, pisando el vino, metiéndolo en los toneles, sin verle jamás correr, espumeante y rojo, de los tanques á los vasos en la alegría de las veladas!—¿Á qué tanto afanarse? reflexionaba la niña. Mi padre taciturno, vendiendo su vino, contando sus dineros á las altas horas de la noche; yo hilando, lavando, fregando las cacerolas, amasando el pan que he de comer al día siguiente... ¡Ah! naciera yo hija de un pobre artesano de Dijón, de un vasallo del obispo, y sería más dichosa!

Distraída con tales pensamientos, la Borgoñona no vió á un hombre que por el estrecho sendero abierto entre las viñas caminaba despacio hacia la granja. Muy cerca estaba ya cuando el ruido de su báculo sobre las piedrezuelas del camino movió á la doncella á alzar la cabeza con curiosidad, que se trocó en sorpresa así que hubo contemplado al forastero, el cual frisaría á lo sumo en los veinticinco años, si bien la demacración del rostro y el aire humilde y contrito le disimulaban la mocedad. Un sayal gris que era todo él un puro remiendo, le resguardaba mal del frío; una cuerda grosera ceñía su cintura; traía la cabeza descubierta, desnudos los piés y muy maltratados de los guijarros, y apoyábase en un palo de espino. Al punto comprendió la Borgoñona que no era mendigo, sino penitente, el hombre que así se presentaba; y con palabras dulces y ademanes llenos de reverencia, le tomó de la mano y le hizo entrar en la cocina y sentarse junto al fuego; veloz como una saeta corrió al establo, y ordenó la mejor vaca para traer al peregrino una taza de leche caliente; partió del enorme mollete de pan un buen trozo, que migó en la taza, y arrodillándose casi, mostrando mucho amor y liberalidad, sirvió á su huésped.

Él agradeció en breves frases la caridad que le hacían, y mientras despachaba el frugal alimento, comenzó á explicar,

con suave pronunciación italiana, cosas que suspendieron y embelesaron á la Borgoñona. Habló de Italia, donde el cielo es tan azul, el aire tan tibio, y en especial de la región de Umbria, amenísima en sus valles y en sus montes severa. Después nombró á Asís, y refirió los prodigios que obraba el hermano Francisco, el serafín humano, al cual seguían, atraídos por sus predicaciones, pueblos enteros. Nombró á una joven muy bella, y de sangre noble, Clara, cuya santidad portentosa era respetada no sólo por los hombres sino hasta por los lobos de la sierra. Añadió que el hermano Francisco había compuesto para alabar á Dios y desahogar sus afectos, tiernos cánticos; y como la Borgoñona solicitase oírlos, el forastero cantó algunos; y aunque no entendía la letra, el tono y el modo de cantar del desconocido hicieron arrasarse en lágrimas los ojos de la niña. El forastero tenía los suyos bajos, rehuyendo ver el rostro femenino que adivinaba fresco, hermoso y juvenil. Ella en cambio devoraba con la mirada aquellas facciones nobles y expresivas, que la mortificación y el ayuno habían empalidecido.

Cerrada ya la noche, fueron entrando en la cocina los mozos y mozas de labranza, encendiéronse algunas antorchas de resina, aumentóse el fuego con haces de secos sarmientos de vid, y preparáronse á aprovechar la velada, ellas hilando, ellos cortando y afilando estacas destinadas á sostener las cepas de viña. Todos miraban curiosamente al forastero, que en la misma actitud humilde permanecía junto al fuego, silencioso y sin adelantar las palmas de sus amoratadas manos hacia el grato calorillo de la llama. Un rumor contenido se dejó oír cuando entró el amo de casa: todos querían saber qué diría el avaro de la presencia del huésped.

Pero la Borgoñona, saliendo á recibir á su padre, con afabilidad suma le contó cómo ella había ofrecido hospitalidad á aquel santo, á fin de que no pasase la noche al frío en algún viñedo. No mostró el viejo gran disgusto, y contentóse con encogerse de hombros, yendo á sentarse á su sitio acostumbrado en el banco, cerca del hogar. La velada empezó pacífica.

De pronto el forastero, saliendo de su letargo, levantó la cabeza, y como si notase por primera vez que estaba próximo á una hoguera alegre y chispeante, comenzó á decir á media voz algunas palabras sobre la hermosura del fuego, y la gratitud que el hombre debe á Dios por tan gran beneficio. La Borgoñona tocó al codo de su vecina, ésta transmitió la seña, y en un instante callaron las conversaciones de la cocina para oír al penitente. Este, arrastrado por su propia elocuencia, iba elevando la voz hasta pronunciar con gran calor su discurso.

De la consideración del fuego pasó á los demás bienes que nos otorga la bondad divina, y que estamos obligados á reparar con el prójimo por medio de la limosna. Sí, obligados, pues de toda riqueza somos usufructuarios no más. ¿De qué sirve, por ejemplo, el tesoro encerrado en el arca del avaro? ¿De qué, el trigo abundante en los graneros del hombre duro de corazón? ¿Crean ellos acaso que el Señor les dió tan cuantiosos bienes para que los guarden bajo llave y no alivien las necesidades del prójimo? ¡Ah! el día del tremendo juicio, su oro será contrapeso horrible que los arrastre al infierno! En vano tratarán entonces de soltar lo que en vida custodiaron tanto: allí, sobre sus lomos, estará el tesoro de perdición, y con ellos se hundirá en el abismo!

Á medida que arengaba el penitente, los ojos del auditorio se fijaban en el cosechero, quien retorciéndose en el banco no sabía qué postura tomar ni qué gesto poner. El penitente, incorporándose, hablaba ya casi á gritos, con voz vibrante y sonora. De repente, mudando de registro, encareció los placeres de la limosna, la dulzura inefable de espíritu que premia el sacrificio de bienes perecederos dados por el amor de Dios. Sus frases persuasivas fluían como miel, sus ojos estaban húmedos y elevados; y las mujeres del auditorio, profunda y dulcemente conmovidas, soltaron la rienda al llanto, y mientras unas acudían á los delantales para secar sus lágrimas, otras rodeaban al peregrino y se empujaban por besar el borde de su túnica. La Borgoñona, con las manos cruzadas, parecía como en éxtasis.

El cosechero, que había dejado escapar visibles muestras de impaciencia, no pudo sufrir semejante escena, y murmurando entre dientes, empujó á unos y otros fuera de la cocina, dando por concluida la velada. Cuando dejó de oírse el ruido de los gruesos zapatos de los labradores que partían, pidió lacónicamente la cena. Según costumbre del país, la Borgoñona sirvió á su padre y al forastero; éste, callado y humilde como al principio, apenas probó del rústico banquete, y rogó le permitiesen retirarse. La Borgoñona lo condujo á una sala baja donde había extendida paja fresca; y en seguida, volviéndose á la cocina, intentó cenar.

Los bocados se le atravesaban en la garganta; su estómago rehusaba el alimento; y viendo á su padre sombrío y ceñudo, resolvióse á preguntarle qué opinaba acerca de los discursos del peregrino y lo que había dicho respecto á la caridad.

—Páreceme, padre—añadió—que si no nos engaña el gentil predicador, nuestro fin será irnos al infierno en derechura, pues en nuestra casa hay oro, pan y vino en abundancia, y nunca damos limosna.—Al pronunciar estas palabras, sonreíase dulcemente para congraciarse al viejo; pero él, montando en cólera terrible, golpeó fuertemente la mesa con su vaso de estaño, maldijo á la hija que le había traído á casa aquel mendi-

go desarrapado y loco, que acaso fuese un bandido disfrazado, y amenazó ir sin demora á cogerle de un brazo y echarle de la granja; con lo cual, la doncella se retiró á su cuarto trémula y confusa.

En toda la noche apenas logró pegar los ojos. Veía al viajero, oía de nuevo su persuasiva y cálida voz, y notaba las variaciones de su rostro transfigurado por la unción y fervor de la plática.

El lecho de la Borgoñona tenía ascuas y espinas; su conciencia estaba tan despierta como si hubiese cometido un crimen; durmióse un instante y vió en sueños á su padre arrastrado por negros demonios que lo aporreaban con sacos llenos de monedas. Apenas un rayo de luz pálida anunció el amanecer, la Borgoñona saltó de la cama, y á medio vestir y en cabello corrió á la estancia del peregrino.

Éste tenía la puerta abierta y rezaba de rodillas con los brazos en cruz, y hallábase tan arrebatado en la oración, que le pareció á la niña que más de un palmo se levantaba del suelo. Al ruido de los pasos de la Borgoñona, el forastero se puso en pié de un salto, y mostró el rostro bañado en lágrimas, y al mismo tiempo resplandeciente de un júbilo celestial; pero cuando se fijó en la Borgoñona, al punto mudó el semblante; fué como si le cerrasen con llave las facciones; bajó los ojos, y cruzándose de brazos preguntó á la niña qué deseaba. Ella, con un movimiento rapidísimo, se echó á sus piés, y abrazando sus rodillas toda turbada, rompió á decirle que en aquella casa había riquezas estériles, tesoros malditos, que causarían la perdición de su dueño; que allí jamás se había dado al pobre ni un puñado de espigas, antes era su sudor el que rellenaba las arcas; que ella se encontraba arrepentida y resuelta, para asegurar su salvación y la de su padre, á irse por el mundo descalza, pidiendo limosna y haciendo penitencia; para lo cual pedía al forastero su bendición y que la llevase en su compañía y le enseñase á predicar y á seguir la regla del beato Francisco, la humildad y pobreza absoluta.

Permanecía el misionero mudo y parado; no obstante, las palabras de la Borgoñona debían producirle extraño efecto, porque ésta sentía que las rodillas del penitente se entrecocaban temblorosas, y veía su faz demudada y sus manos crispadas, cual si se clavase en el pecho las uñas. La doncella, creyendo persuadir mejor, apretaba las manos, escondía la cara en el sayal, empapándolo en sus calientes lágrimas. Poco á poco el penitente aflojó los brazos y por fin los abrió, inclinándose hacia la niña; pero de pronto, con una sacudida violenta, se desprendió de ella y casi la echó á rodar por el suelo; la cabeza de la Borgoñona dió contra las losas del pavimento; y el penitente, haciendo la seña de la cruz y exclamando:—¡Hermano Francisco, valme!—saltó por la ventana, y se perdió de vista en un segundo. Cuando la Borgoñona se incorporó llevándose la mano á la frente lastimada, sólo quedaba del misionero la señal de su cuerpo en la paja donde había dormido.

II

Todo el día se lo pasó la Borgoñona cosiendo una túnica de burel grosero, de la misma tela con que solían vestirse los villanos y jornaleros vendimiadores. Al anochecer, saltó á la granja y cortó un bastón de espino; bajó á la cocina y tomó de un rimero de cuerdas una muy gruesa de cáñamo; y subiéndola otra vez á su habitación, empezó á desnudarse despacio, dejando sobre la cama, colocadas en orden, las diversas prendas de su traje. En el siglo XIII pocas personas usaban camisa de lino; era un lujo reservado á los monarcas; la Borgoñona tenía pegado á las carnes un justillo de lienzo grueso y un faldellín de tela más burda aún; quitóse el justillo y soltó sobre sus blancas y mórbidas espaldas la madeja de pelo rubio que de día aprisionaba la cofia. Enarboló la tijera que solía llevar pendiente de la cintura, y desmochó sin piedad aquel bosque de rizos, que iban cayendo suavemente á su alrededor como las flores en torno del arbusto sacudido por el aire. Se tentó la cabeza, y hallándola ya casi mocha, igualó los mechones que aún sobresalían; luego se descalzó; aflojó la cintura del faldellín, se puso el sayal sosteniendo el faldellín con los dientes por no quedarse del todo desnuda; soltó al fin la última prenda femenina, se ciñó la cuerda con tres nudos como la traía el penitente, y empuñó el bastón; pero acudió una idea á su mente, y recogiendo las matas de pelo esparcidas aquí y allí, las ató con la mejor cinta que tenía, y las colgó al pié de una tosca madona de plomo que protegía la cabecera de su lecho. Aguardó á que la noche cerrase, y, de puntillas, se lanzó á oscuras al corredor, bajó á tientas la escalera carcomida; se dirigió á la sala baja donde había hospedado al penitente, abrió la ventana, y salió por ella al campo. Tal arte se dió á correr, que cuando amaneció, estaba á tres leguas de la granja, camino de Dijón, cerca de unos hatos de pastores.

Rendida se metió en un establo del cual vió salir el ganado antes, y acostándose en la cama, tibia aún, de las ovejas, durmió hasta mediodía. Al despertarse, resolvió evitar á Dijón, donde algún parroquiano de su padre podría conocerla. En efecto, desde aquel día procuró buscar las aldeas apartadas, los caseríos solitarios, en los cuales pedía de limosna un haz de paja y un mendrugo de pan. Mientras caminaba, rezaba mentalmente, y si se detenía, arrodillábase y oraba con los

brazos en cruz, como el peregrino. El recuerdo de éste no se apartaba un punto de su memoria, y copiaba por instinto sus menores acciones, añadiendo otras que le sugería su natural despejo. Guardaba siempre la mitad del pan que le ofrecían, y al día siguiente lo entregaba á otro pobre que encontrase en el camino. Si le daban dinero, iba corriendo á distribuirlo entre los necesitados, pues recordaba que, según el penitente, nunca el beato Francisco de Asís consintió tener en su poder moneda acuñada. Al paso que seguía esta vida la Borgoñona, se le desarrollaba un dón de elocuencia extraordinario: poníase á hablar de Dios, de los ángeles, del cielo, de la caridad, del amor divino, y decía cosas que ella misma se admiraba de saber, y que las gentes reunidas en rededor suyo escuchaban embelesadas y enternecidas. Á donde quiera que llegaba, la rodeaban las mujeres, los niños se cogían á su rúnica, y los hombres la llevaban en triunfo.

Es de notar que todos la tenían por un jovencito muy lindo, y á nadie se le ocurrió que fuese una doncella quien tan valerosamente arrostraba la intemperie y demás peligros de andar por despoblado. Su pelo corto, su cutis oscurecido ya por el sol, sus piés endurecidos por la descalcez, le daban trazas de muchacho, y el sayal grueso ocultaba la morbidez de sus formas. Gracias al disfraz pudo pasar entre bandas de soldados mercenarios y aun de salteadores, sin más riesgo que el de sufrir algunos latigazos dados con las correas del tahalí, género de broma que no perdonaban los soldados. Muchos se compadecieron de aquel rapaz humilde y le dieron dinero y vino; otros se burlaron; pero nadie atentó á su libertad ni á su vida. En la selva de Fontainebleau sucedióle á la Borgoñona la terrible aventura de abrigarse bajo un árbol de donde colgaban humanos frutos: los piés péndulos de un ahorcado le rozaron la frente; entonces, con valor sobrehumano, abrió una fosa, sin más instrumentos que su bastón de espio y sus uñas; descolgó el cadáver horrendo, que tenía la lengua defuera y los ojos saliéndose de las órbitas, y estaba ya picado de grajos y cuervos, y mal como supo, reuniendo sus fuerzas, lo enterró. Aquella noche vió en sueños al penitente, que la bendecía.

Pero tantas fatigas, tan larga abstinencia, tan duras mortificaciones, una vida tan áspera y desacostumbrada, abrieron brecha en la Borgoñona, y su salud empezaba á flaquear, cuando llegó á una gran villa, que preguntando á los aldeanos vendedores de legumbres supo era París. Entró pues en París, pensando si quizás moraría allí el peregrino, si lo encontraría casualmente y podría rogarle que le buscara un asilo como el que Clara ofrecía á sus hijas, un convento donde acabar su penitencia y morir en paz. Con estos propósitos se internó en un laberinto de calles sucias, torcidas, estrechas, sombrías—el París de entonces.—Embarcaba á la Borgoñona singular recuerdo: en aquella ciudad vasta y populosa, donde veía tanto mercader, tanto arquero, tantos judíos en sus tiendas, tantos clérigos graves que paseaban á su lado sin volver la cabeza, no se atrevía á pedir hospitalidad, ni un pedazo de pan con que aplacar el hambre. Los edificios altos, las casas apiñadas, las plazuelas concurridas, todo le infundía temor. Vagó como alma en pena las horas del día, entrando en las iglesias para rezar, apretándose la cuerda para no percibir el hambre; y á la puesta del sol, cuando resonó el toque del cobre-fuego, que acá decimos de la queda, cubriósele á ella verdaderamente el corazón, y con mucha angustia rompió á llorar bajito, echando de menos por primera vez su granja, donde el pan no le faltaba nunca, y donde al oscurecer tenía seguro su abrigado lecho. Al punto mismo en que estas ideas acudían á su atribulado espíritu, vió que se le acercaba una vejezuela gibosa, de picuda nariz y ojuelos malignos, y le preguntaba:—¿Cómo tan lindo mozo á tales horas solito por la calle, y si era que por ventura no tenía posada?

—Madre—contestó la Borgoñona—si tú me la diceses, harías una gran caridad, pues cierto que no sé dónde he de dormir hoy, y á más no probé bocado hace veinticuatro horas.

Deshízose la vieja en lástimas y ofrecimientos, y echando á andar delante, guió por callejuelas tristes, pobres y sospechosas, hasta llegar á una casuca, cuya puerta abrió con una roñosa llave. Estaba la casa á oscuras, pero la vieja encendió un candil, y alumbró por las escaleras hasta un cuarto alto. Ardía un buen fuego en la chimenea; la Borgoñona vió una cama suntuosa, sitaliales ricos, y una mesa preparada con sus relucientes platos de estaño, sus jarras de plata para el agua y el vino, su dorado pan, sus bollos de especias, y un pastel de aves y caza que ya tenía medio alzada la cubierta. Todo olía á lujo, á refinamiento, y aunque el caso era sorprendente atendido el pergeño de la vieja y la pobreza del edificio, como la Borgoñona tenía tanta hambre y de tal modo se le hacía agua la boca ante el espectáculo de los manjares, no se le ocurrió manifestar extrañeza. Iba buenamente á sentarse y á trincar el pastel, pero la vieja lo impidió, diciéndole que convenia aguardar al dueño de la habitación, un hidalgo estudiante muy galán, que ya no tardaría, y era de tan afable condición, que á buen seguro que no pusiese el menor reparo en partir su cena con el forastero. En efecto, bien pronto se oyeron resueltos pasos, y un caballero mozo, envuelto en oscura capa y con pluma de garza en el airoso birrete, entró en la estancia.

Al verlo quedóse estupefacta la Borgoñona, y no era para menos, pues aquel gallardo caballero tenía la mismísima cara y talle del penitente! Conoció sus grandes ojos negros, sus

nobles facciones; sólo la expresión era distinta; en éste dominaba un júbilo tumultuoso, una especie de energía sensual. Quitóse el birrete, descubriendo rizados y largos cabellos; soltó la capa, y contestó con una carcajada á las disculpas de la vieja, que le explicaba cómo aquel pobrecito penitente partiría con él, por una noche, la cena y el cuarto. Sentóse á la mesa muy risueño, y declaró que aunque el camarada no parecía animado, él haría porque la cena fuese divertida. Dijo esto con la propia voz sonora del penitente.

Retiróse la vieja, y la Borgoñona tomó asiento confusa y atónita, mirando á su comensal y sin dar crédito al testimonio de los sentidos. Mientras mataba el hambre con el apetitoso pastel, sus ojos no se apartaron del mancebo, que comía y bebía y por cuatro; y con mil chanzas, llenaba el vaso y el plato de la Borgoñona, que proseguía comparando al misionero con el estudiante. Si, eran los mismos ojos, sólo que antes no brillaba en ellos un fuego vívido y generoso, ni cabía ver el negror de las pupilas, porque estaban siempre bajos. Si, era la misma boca, pero marchita, contraída por la penitencia, sin estos labios rojos y frescos, sin estos dientes blancos que descubría la sonrisa, sin este bigote fino que acentuaba la expresión provocativa y caballeresca del rostro. Si, era la misma frente blanca y serena, pero sin los oscuros mechones de pelo que jugueteaban en torno. Era el mismo aire, pero con otras posturas menos gallardas y libres. Y así, poco á poco, tratando de cerciorarse de si el penitente y el hidalgo componían un solo individuo, la doncella iba deteniéndose con sobrada complacencia en detallar las gracias y buenas partes del mancebo, y ya le parecía que si era el penitente, había ganado mucho en gentileza y donosura. El caballero, festivamente, le escanciaba en el vaso vino y más vino, y la Borgoñona distraída lo bebía. El vino era color de topacio, fragante, aromatizado con especias, suave al paladar, pero después se sentía correr por las venas como líquida llama.

Á cada trago de licor, la Borgoñona juzgaba más discreto y bizarro á su compañero de mesa. Cuando la mano de éste, por casualidad, al ofrecerle el vaso, rozaba la suya, un delicioso temblor, un escalofrío dulcísimo, le subía desde las yemas de los dedos hasta la nuca. Su razón vacilaba, la habitación daba vueltas, la luz de cada uno de los cirios que alumbraban el festín se convertía en miles de luces. Y hé aquí que el caballero, después de beber el último trago, se levantó, y juró que, á fe de hidalgo estudiante, era hora de acostarse, y digerir la cena con un sueño reparador.

Semejantes palabras despejaron un poco las embotadas potencias de la doncella. Acordóse de que en la habitación no había más que un solo lecho, y alzándose de la mesa alegó humildemente, en voz baja, que sus votos obligaban á tener por cama el suelo, y que así dormiría, no siendo razón que se molestase el señor hidalgo. Pero éste, con generoso empeño, protestó que no lo sufriría, y tendiendo en el suelo su capa, afirmó que dormiría sobre ella, si el mozo penitente no le otorgaba un rincón del lecho, donde ambos cabían muy holgados. La Borgoñona se negó con espanto á admitir la propuesta, y el estudiante, con vigor hercúleo, cogióla en brazos, y la depositó sobre la cama. Ella, sintiendo otra vez desmayar su voluntad, cerró los ojos, y con singular contentamiento se dejó llevar así, apoyando la cabeza en el hombro del caballero y percibiendo el roce de sus negros, perfumados bucles.

Abrió el estudiante la cama, metió dentro á la Borgoñona, le arregló la sobrecama bordada de seda, y con la misma dulzura con que se habla á los niños, preguntó si no le sería lícito al menos tenderse á los piés, que siempre estarían más blandos que el santo suelo. No encontró la Borgoñona objeción fundada que oponer, y el hidalgo se envolvió en su capa y se tumbó, poniendo por cabezal un almohadón, y al poco tiempo se le oyó respirar tranquilo, como si durmiese.

La Borgoñona en cambio se revolvió inquieta. En vano quería recordar las oraciones acostumbradas á aquella hora; no podía levantar el espíritu; su corazón se derretía, se abrasaba; el penitente y el estudiante formaban para ella una sola persona, pero adorable, perfecta, por quien se dejaría hacer pedazos sin exhalar un ay. La blandura del lecho, invitando á su cuerpo á la molición, reforzaba las sugerencias de su imaginación; en el silencio nocturno, le ocurrían las resoluciones más extremosas y delirantes; llamar al hidalgo, declararle que era una doncella perdida de amores por él, que la tomase por mujer ó esclava, pues quería vivir y morir á su lado. Pero ¿y aquellas matas de pelo colgadas al pié de la esfigie de Nuestra Señora, acaso no eran prenda de un voto solemne? Con estas dudas la frente se le abría, las venas le saltaban, zumbándole los oídos, y la respiración sosegada del estudiante se le figuraba honda como el ruido de gigantes en fragua. ¡Oh tentación! tentación! La Borgoñona se sentó en el lecho, y á la luz del fuego, que aún ardía, miró al estudiante dormido, pareciéndole que en su vida había contemplado cosa que tanto le agradase; y así embobada en el gusto de mirar, fuese acercando hasta casi beberle el aliento. De pronto el durmiente se incorporó bien despierto, abriendo los brazos y sonriendo con sonrisa extraña. La doncella dió un gran grito, y acordándose del penitente, exclamó:—¡Hermano Francisco, valme!—Al mismo tiempo saltó del lecho y huyó de la habitación como loca.

Cuatro á cuatro bajó las escaleras, halló la puerta franca, y encontróse en la calle; siguió corriendo, y no paró hasta una

gran plaza, donde se elevaba un edificio de pobre y humilde arquitectura; allí se detuvo sin saber lo que le pasaba: trató de coordinar sus pensamientos; los sucesos de la noche le parecían soñados; y lo que la confirmaba en esta idea era que no podía por más que se golpeaba la frente, recordar la linda figura del estudiante: la última impresión que de ella le quedaba era la de un rostro descompuesto por la ira, unas facciones contraídas por furor infernal, unos ojos inyectados, una espumante boca...

Del edificio humilde salieron cuatro hombres vestidos de túnicas grises amarradas con cuerdas, y llevando en hombros un ataúd. La Borgoñona se acercó á ellos, y ellos la miraron sorprendidos, porque vestía su mismo traje. Impulsada por la curiosidad, la doncella se inclinó hacia el ataúd abierto y vió, acostado sobre la ceniza—sin que pudiese caberle duda alguna respecto á su identidad—el cadáver del penitente!

—¿Cuándo murió ese hombre?—preguntó trémula y horrorizada.

—Ayer tarde, al sonar del cobre-fuego.

—¿Y ese edificio donde vivía, qué es?

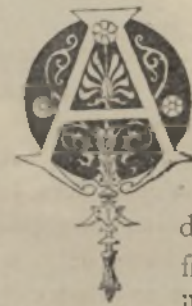
—Ahí habitamos los pobres de la regla de Francisco de Asís, los menores, tus hermanos—contestaron gravemente, y se alejaron con su fúnebre carga.

La Borgoñona llamó á la portería del convento.

Nadie adivinó jamás el sexo del novicio, hasta que su muerte, después de una larga y terrible penitencia, hubo de revelarlo á los encargados de vestirle la mortaja. Hicieron la señal de la cruz, cubrieron el cuerpo con un paño tupido, y lo llevaron á enterrar al cementerio de las Minoritas ó Clarisas, que por entonces ya existía en París.

EMILIA PARDO BAZÁN.

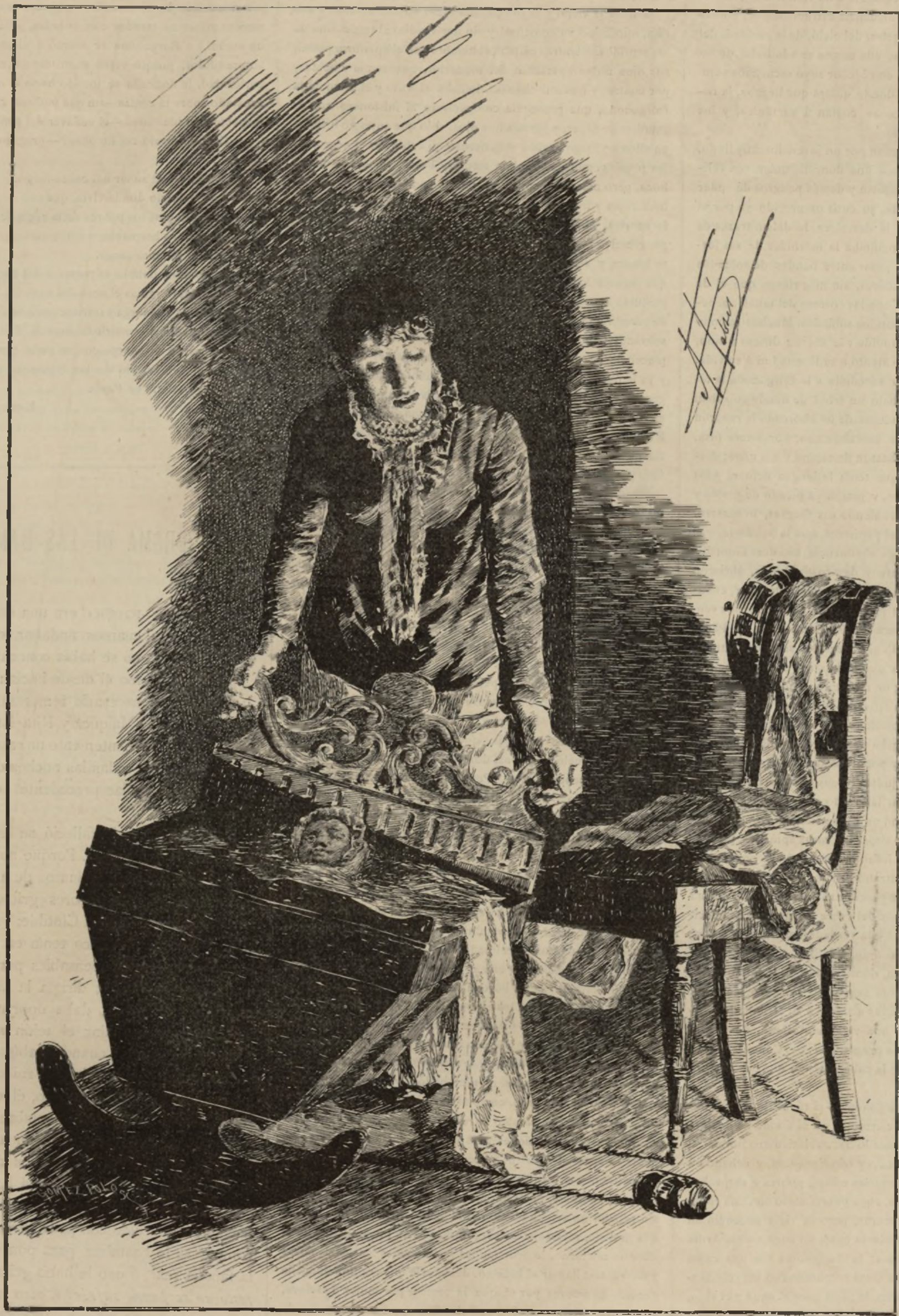
EL DRAMA DE LAS BAMBALINAS



ANTOÑICO era una chispa, al decir de cuantos andaban entre bastidores: no se había conocido traspunte como él desde hacía muchos años: era necesario remontarse á los tiempos de Máiquez y Rita Luna, como hacía frecuentemente un caballero gordo que iba todas las noches de tertulia al saloncillo, para hallar precedente de tal inteligencia y actividad.

Solamente cuando falleció se estimaron sus servicios en lo que valían. Porque no era el traspunte vulgar que con cinco minutos de antelación recorre los cuartos de los actores gritando: «Don José; va V. á salir—Señorita Clotilde; cuando V. guste.» Ni por pienso: Antoñico tenía en su cabeza todos los pormenores indispensables para el buen orden de la representación; dirigía la tramoya con una precisión admirable, daba oportunos consejos al mueblista, hacía bajar el telón sin retrasarse ni adelantarse jamás; cuando había necesidad de sonar cascabeles para imitar el ruido de un coche, él los sonaba; si de tocar un pito, él lo tocaba, y hasta redoblaba el tambor con asombrosa destreza apagando el ruido para hacer creer al espectador que la tropa se iba alejando. En los dramas en que la muchedumbre llega rugiendo á las puertas del palacio y amenaza saquearlo, nadie como él para hacer mucho ruido con poca gente; una docena de comparsas le bastaban para poner en sobresalto á la familia real; á uno le hacía gritar continuamente *esto no se puede sufrir!* á otro le mandaba exclamar sin punto de reposo, *¡muéran los tiranos!* á otro, *¡abajo las cadenas!* etc., etc., todo en un *crescendo* perfectamente ejecutado, que infundía pavor no sólo en el corazón del tirano sino en el de todos los que se interesaban por su suerte. Además sabía arrojar piedras á la escena de modo que produjesen mucho ruido y no hiciesen daño á nadie: algunas veces hizo también escuchar su voz desde las cajas ó desde el sótano en calidad de fantasma. En fin, más que traspunte debía considerarse á Antoñico como un actor eminente aunque invisible.

En el teatro era casi un dictador: los actores le halagaban porque les podía hacer daño con un descuido intencionado, la empresa se mostraba satis-



LA CUNA, dibujo á pluma por A. FABRÉS



RESTAURACIÓN DE S. FRANCISCO EL GRANDE—PINTURA MURAL DE M. DOMÍNGUEZ

(COPIA DEL MISMO)

Ayuntamiento de Madrid

fecha de él, y los dependientes le respetaban y le consideraban como jefe.

Era necesario verle con un reverbero en la mano derecha, el libro en la izquierda, una barretina colorada en la cabeza á guisa de uniforme, deslizarse velozmente por los bastidores acudiendo á opuestos parajes en nada de tiempo, poniendo prisa á los empleados, contestando al sin número de preguntas que le dirigían, y esparciendo órdenes en estilo telegráfico como un general en el fragor de la batalla.

II

Con todo, Antoñico tenía un grave defecto: le gustaban demasiado las mujeres. Quizá digan ustedes que este defecto no es grave: en cualquier otro hombre, convengo en ello; pero en Antoñico, un funcionario dramático de tal importancia, era un pecado garrafal. No hay más que pensar en que tenía bajo su inmediata inspección á varias actrices secundarias, ó sean racionistas, y que aun las principales veíanse obligadas á estar con él en una relación constante. De donde resultaban á menudo algunos disgustillos y desórdenes que se hubieran evitado si nuestro traspunte tuviese un temperamento menos inflamable. Verbigracia; se hubiera evitado que Narcisa, la jovencita que desempeñaba papeles de chula, se fuese del teatro dando un fuerte escándalo, diciendo á quien la quería oír que Antoñico pellizcaba las piernas á las actrices en las ocasiones propicias; y también que la mamá de Clotilde, la primera dama, se quejase al empresario de que Antoñico fué con demasiada prisa á levantar á su hija siempre que caía desmayada al terminarse un acto. Hay que convenir en que todo esto era muy feo y dañaba no poco á la respetabilidad del traspunte; que vuelvo á decir, era sin disputa el alma del teatro.

Sucedió, pues, que al medio de la temporada, el primer tramoyista contrajo matrimonio: era un hombre de unos treinta años de edad, feo, silencioso, sombrío, ojos negros hundidos, barba rala y erizada; inteligente con todo, y amigo de cumplir con su deber. La mujer que eligió por esposa era una jovencita, casi una niña, linda, vivaracha, nariz arremangada, más alegre que unas castañuelas, perezosa y juguetona como una gatita. Se casó con el tramoyista... no sé por qué; quizá por su desahogada posición (ganaba seis pesetas diarias).

Para no privarse de su compañía un momento, el enamorado marido la trajo consigo al teatro; en los ratos que le dejaban libre sus ocupaciones, el pobre hombre gozaba con acercarse á su mujercita y darle un pellizco ó un abrazo furtivo. La muchacha, que no había entrado hasta entonces en la región de los bastidores, estaba maravillada y contenta al verse entre aquel bullicio, y pronto fué una necesidad el pasarse tres ó cuatro horas todas las noches vagando por las cajas y por los cuartos de las actrices con quienes simpatizó en seguida.

Antoñico, al verla por primera vez, se relamió como el tigre cuando atisba la presa. La barretina colorada sufrió un fuerte temblor y se dispuso á cobijar un enjambre de pensamientos tenebrosos y lúbricos. Mas como hombre experto y precavido, guardó sus ideas, contrarias á la unidad de la familia, debajo de la barretina, y aparentó no fijar la atención en la presa y dejar que tranquilamente fué y viniese á su buen talante.

Sin embargo, una que otra vez al encontrarse en los pasillos le dirigía miradas magnéticas que la fascinaban y profería unas buenas noches preñadas de ideas disolventes. Como es natural, la bella tramoyista no dejó de sospechar el género de pensamientos que dentro de la barretina se escondían, y en su consecuencia decidió ruborizarse hasta las orejas siempre que tropezaba con el tigre-traspunte. Éste avanzó con cautela, paso tras paso; nada de pellizcos, ni de palabrotas necias, ni de estrujones contra los bastidores: una actitud sosegada, dulce, casi melancólica, adecuada para no espantar

la caza, algunas palabritas melosas y furtivas, varios conceptillos aduladores envueltos en suspiros, y cuando todo estaba convenientemente preparado ¡zás! el salto que todos conocen: — «María, yo me muero por V... perdóneme V. el atrevimiento... ya no puedo tener escondido por más tiempo lo que siento, etc., etc.»

La vivaracha tramoyista quedó, como era de esperar, entre las uñas del traspunte. Y comenzó para ambos el período de los placeres amargos, la felicidad con sobresalto: aparentando no mirarse, no se quitaban ojo; fingiendo que apenas se conocían, estaban siempre juntos; ¡el marido era tan sombrío, tan suspicaz! Necesitaban llevar á cabo prodigios de estrategia para no ser advertidos: á veces pasaban cuatro ó cinco noches sin poder decirse siquiera una palabra. Puesta en tortura la imaginación, Antoñico ideaba las citas más estupendas y extravagantes; unas veces en el sótano, otras en el cuarto de un actor que estaba en escena; pero todas breves y agitadas, porque el tramoyista era pegajoso como recién casado, y Antoñico no tomaba el aspecto de tigre sino con las damas.

Una noche en que el traspunte se sentía, por el ayuno forzoso de muchos días, más enamorado que otras veces, dijo algunas palabras rápidamente al oído de María y se perdió entre los bastidores. Esta le siguió. Encontráronse en un rincón sombrío cerca del telón de boca; y el traspunte, que conocía el terreno á palmos, cogió de la mano á su querida, separó con la otra un bastidor y penetraron ambos en un recinto estrechísimo formado por telones y bastidores: Antoñico trajo hacia sí el que había separado y quedaron perfectamente cerrados. Los amantes pudieron gozar breves instantes del seguro que la experiencia y habilidad del traspunte habían buscado. En aquel extraño retiro nadie podía dar con ellos. ¿Nadie? Antoñico vió de improviso, en medio de su embriaguez, que por un agujerito abierto en el telón, un ojo les observaba; y su corazón de tigre dió un salto prodigioso dentro del pecho: — «María—dijo con voz temblorosa, imperceptible—estamos perdidos... nos están viendo... ¡silencio!... ¿quieres salir tú primero?» La animosa tramoyista corrió bruscamente el bastidor y se arrojó fuera: no había nadie. Antoñico salió detrás con el semblante pintado de interesante palidez. Su primer cuidado fué buscar por todas partes al tramoyista: encontráronlo sumamente preocupado porque la chimenea de mármol que debía aparecer en el acto tercero había sido rota al trasladarla; tanto que no reparó en su mujer al acercarse.

—¿Lo ves, hombre—dijo María á Antoñico— como eres un gallina? Á ti el miedo te hace ver visiones.

III

Transcurrieron bastantes días. Las adúlteras relaciones de nuestros héroes seguían la misma marcha dulce y borrascosa á la par: sobresaltos, temores, ansias, vacilaciones sin cuento: regalos, vivos deleites, instantes de dicha, con todo. Tal es el lote de la pasión criminal. María había olvidado enteramente el episodio del agujero en el bastidor; Antoñico soñaba todavía algunas veces con aquel ojo fantástico, escrutador, y despertaba despavorido; poco á poco se fué convenciendo de que había sido una ilusión del miedo y el miedo abrió paso á la confianza.

Una noche el tramoyista le habló de esta manera:

—Oye, Antoñico; ¿sabes que el tercer telón, el de las columnas, debía colocarse más atrás?... —¿Pues?

—No hay perspectiva.

—Sí la hay... y además tropezaría casi con el lago.

—El lago también puede correrse un poco.

—No hay sitio.

—Tenemos todavía metro y medio.

—¿Qué hemos de tener, hombre! ¿Lo has medido?

—Sí lo he medido: ¿tienes tú ahí el metro?... Pues ven á verlo y te convencerás.

El tramoyista emprendió la marcha y Antoñico le siguió: subieron por la estrecha y frágil escalera que conduce á las bambalinas. Cuando estaban á la mitad de la altura, el tramoyista volvió la cabeza y sus ojos se encontraron con los del traspunte. ¿Qué había de particular en aquella mirada? ¿Por qué empalidece el rostro de Antoñico? ¿Por qué se le doblan las piernas?

Vacila un instante entre seguir ó retroceder: la barretina colorada se detiene y se agita presa de mortal incertidumbre. El tramoyista exclama:

—¡Diablo de escalera!... la subo setenta veces al día y no acabo de acostumbrarme... Me moriré del pecho, Antoñico, me moriré del pecho.

El traspunte se siente fortalecido y sigue su camino.

IV

Aquella noche se representaba un drama histórico, acaecido en tiempo de los godos. El primer galán era un mancebo muy simpático, rebosando de entusiasmo y de décimas calderonianas. La primera dama gastaba una túnica muy larga y comenzaba á llorar desde que subían el telón. El barba hacía de rey y debía morir al fin del acto tercero á manos del mancebo de las décimas: buena voz, potente y cavernosa como convenía á un rey visigodo.

El público aguardaba con impaciencia la catástrofe: cuando le parecía bien, bostezaba; cuando lo creía necesario, sacaba la *Correspondencia de España* y leía. Había muchas personas que llegaban á desear que el barba cayese pronto bañado en su sangre para escapar á casa y meterse en la cama.

En el acto segundo había un monólogo del rey, de inusitadas dimensiones. El público ya tenía entre pecho y espalda setenta y cinco endecasílabos de este monólogo y se disponía á recibir con resignación otra partida no menos crecida, cuando de pronto...

—¿Qué ha pasado... qué sucede? ¿Por qué se levanta el público? ¿Por qué se puebla la escena de gente?

Un bulto, un hombre, acaba de caer de las bambalinas sobre el escenario con espantoso estruendo. Un grupo de gente le rodea en seguida. El público aterrado se agita y se alborota: quiere saber lo que ha pasado. Al fin uno de los actores se destaca del grupo y dice en voz alta: «que el traspunte Antonio García, caminando por los telares del teatro, había tenido la desgracia de caerse.

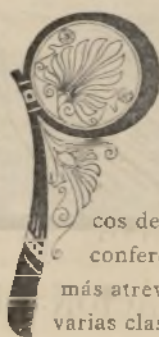
—¿Pero está muerto?... ¿está muerto?—preguntan varias voces.

El actor hace con la cabeza señal afirmativa.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

CRÓNICA PARISIENSE

El movimiento renace en París.—*Les affolés*, y la manía de hacer fortuna.—*Antoine du mariage*.—*François les bas bleus*.—*Sieba*.—*Madama Boniface*.—Las artes incoherentes.—La Exposición Manet.—El salón trienal.—Nuevas obras de Víctor Hugo.



PARÍS vuelve á su normal movimiento.

Ábrense las cátedras, una exposición trienal de pinturas presenta al público todos los prodigios del arte moderno; los teatros vuelven á dar representaciones de obras ya aplaudidas, ó estrenan otras nuevas; los conciertos clásicos deleitan á los *dilettanti* de la música; las salas de conferencias llenan de oyentes ávidos de oír las más atrevidas teorías; los editores dan á luz libros de varias clases; anúncianse recepciones en los salones más distinguidos del *grand-monde*; en fin, todo es aquí animación y vida al despertar del letargo del verano.

Les affolés se titula una comedia de Godinet y de Veron que está haciendo furor en el *Vaudeville*. Más que una comedia, es un espejo en el que se ven reproducidos la mayor parte de los que acuden a verla. Sólo que todos reconocen al prójimo, y nadie se reconoce á sí mismo.

El tema es la manía que de hacer dinero de una manera rápida, por un golpe de fortuna, se ha apoderado de las gentes en la época en que vivimos. Existen enfermedades colectivas, propias de épocas ó de pueblos, como existen enfermedades individuales. Ha habido períodos de alucinación y han aparecido milagros por todas partes. La *demonomanía* caracterizó el siglo xv. El furor religioso el siglo xiii. La manía del oro fué, como la danza epiléptica, la enfermedad normal del siglo xiv. El poder real ya bastante fuerte, exigía imperativamente al barón el feudo; éste esquilma al pechero. La iglesia quería rivalizar en esplendor con el trono; de aquí una terrible sed del metal noble, que trataron de satisfacer, unos con la alquimia, otros asaltando las Juderías, y otros vendiendo la salvación con la célebre bula de Juan XXII. Esta sed de oro es la que hizo exclamar al famoso Fray Anselmo Turmeda sentidas quejas en aquellos versos de:

« *Diners fán 'vuy al món lo joch*
 » *y fán honor al més badoch,*
 » *al que diu no, li fán dir oc:*
 » *¡vejáu miracle!*
 » *Diners tornan als malalts sans,*
 » *moros, juheus é chrestians*
 » *deixant á Déu é tots los sants*
 » *diners adoren.* »

La manía del dinero, que inspiró estas rimas, lo mismo que ciertos pasajes de Clemangis, y del *Roman de la Rose*, es la que hoy se reproduce en nuestro siglo de transición, nervioso y agitado como el xiv, sólo que hoy los medios han cambiado y no se recurre á la alquimia, sino al crédito, á la banca, á la formación de sociedades anónimas, pues como decía nuestro malogrado Bartrina:

« *El último alquimista*
 » *poseido del deseo de hacer oro,*
 » *cuando hubo agotado su tesoro*
 » *inventó el accionista.* »

Y así es que hoy día sale un Filpart en lugar de un Nicolás Flamel. Sólo triunfa ahora la aristocracia del dinero, interin viene la aristocracia intelectual á dominar al mundo. Los Rostchild son los emperadores provisionales de las gentes sedicentes civilizadas. Por esto todos buscan hacer un capital y pronto, sin comprender que el dinero es sólo un medio y no un fin. Una fortuna improvisada, no importa que sea inmerecida, he aquí el sueño dorado de la generación presente. Así se acude al juego, á la bolsa, á negocios estupendos, sociedades anónimas, bancos, etc. Y de aquí las quiebras, las bancarrotas, las estafas y otros desequilibrios sociales. Esta tendencia á la fortuna repentina en lo económico, corresponde en política á la teoría de las revoluciones, y en la historia natural á la de los grupos de creación particular y á de los cataclismos geológicos. Hoy que la teoría de la evolución prueba que los saltos violentos no existen en la naturaleza y que en el terreno sociológico sólo producir pueden trastornos y retrocesos, hoy día á los ojos del pensador comparece como un loco el que quiere realizar en un instante una cantidad que no corresponde ni á sus méritos de producción, ni tan sólo á su esfuerzo. Poner en ridiculo este tipo que la ciencia ha demostrado que en lo social era nefasto, es lo que se ha propuesto Godinet y Veron en *los alocados*, y lo han logrado. Los bolsistas (á la alza ó á la baja), los jugadores de tapete, los que fían en ciertas sociedades de crédito, etc., comparecen en la escena tan fuera de razón, que el público se ríe de buena gana, sin calcular muchos de los que de él forman parte, que tal vez se están riendo de su propio retrato.

Au tour du mariage es una pieza en la que se nos presenta en escena una *Frou Frou* corregida y aumentada, ó sea la señorita mal educada, caprichosa, y que acaba por ser una *demi-mondaine*, mala esposa y mala madre.

¿Qué personajes los que salen á la escena! Un padre que habla á su hija en el mismo tono que á su querida; una madre que emplea todo el día en arreglar su *toilette* para agradar á los que le hacen la corte; una hija que aprende en los periódicos *boulevardiers* las aventuras más escandalosas; en una palabra, una familia que no tiene el diablo por dónde cogerla, rodeada de una serie de tipos á cual más perverso.

Pues bien, esta obra es otra fotografía directa del natural. La baronesa de Martel (que es la que se esconde bajo el pseudónimo de *Gyp*), uno de los redactores de cierto periódico pornocrático hoy en gran boga, y al mismo tiempo mujer de la alta sociedad, en la que siempre ha vivido, ha querido levantar un poco la cortina y mostrarnos una de esas familias parisienses

del gran tono, y á fe mía que los demagogos más furibundos jamás han inventado argumento más contundente en contra la aristocracia de la sangre ó del dinero.

Al que no haya vivido en esa sociedad, al que no sea parisiense de adaptación ó de raza, y no haya comido en Bignon, ni asistido á las recepciones de la princesa Cernuski, ni haya visto los *clubmans* á las cuatro de la madrugada, ni conozca los misterios del *budoir* de los hotelitos del barrio Monceau, la comedia le parecerá simplemente un desatino. Si se traduce al español y se representa en nuestra patria, á buen seguro que la mitad de las escenas han de ser silbadas por extravagantes é inverosímiles. Y, no obstante, son verdad! Son tan verdas las cosas que pasan en la tal familia modelo, y tan crudas las presenta la buena de la baronesa, que muchas de ellas harían ruborizar á un sargento de caballería.

Por desgracia de la Francia es tan real lo que en dicha producción se representa, como lo es todo lo que pasa en la casa del *Pot-bouille* de Zola, desde la portería al sotabanco! Así está aquí la clase alta y así está aquí la clase media (salvando siempre honrosísimas excepciones). Muchos se horrorizan cuando ven en el *Bois* ó en Boulevard pulular las *cocottes*, y exclaman: «¡París está perdido!» No, no es por ahí que se pierde París; la prostitución existe en todas las grandes ciudades, como existe el crimen, más ó menos, bajo una ú otra forma. Lo que pierde á París es el que esta prostitución se va de la calle y entra en la familia; es que se van las *cocottes*, pero las mujeres se acocotan. El vicio de la calle, toma carta de naturaleza en la familia. Y tanto se ha generalizado la prostitución, que cuenta ya con toda una literatura pornocrática, con sus diarios como el *Figaro* y el *Gil Blas*, con sus revistas y sus ilustraciones, como la *Vie parisienne*, con sus libros como las novelas de Marc de Montifaud, y las de Cátulo Méndez; y no es ya sólo una literatura, sino un arte, con su música, su teatro, sus dibujantes, sus pintores; arte en que la crápula es aplaudida y glorificada, penetrando así en esta sociedad hasta el último de sus átomos. No es la infeliz perdida que ronda de noche, despreciada de todos, la que denota la desmoralización de un pueblo, es la *maitresse attirée* con más honores que la mujer propia; es el infinito número de artistas que viven como unas princesas, sin cobrar nada del escenario; es la hija de familia que se va á ver á su galán al barrio latino con la institutriz que la acompaña al tugurio; es la mujer casada que, en lugar de cuidar de sus hijos, se preocupa sólo de sus amantes; es el padre que va á distraerse del fastidio de la familia (esta es la frase consagrada, *l'ennui de la famille*) á la casa de la mujer mundana, es la modista que vive con el estudiante; la criada con el lacayo; la obrera víctima del patrón del taller, en fin, el libertinaje más completo introducido en todos los rangos sociales, el cual ha abolido ya, de hecho sino de derecho, la familia. ¿Comprenden ahora mis lectores por qué llegaron hasta París los prusianos? Este es el resultado de la dignificación de la *cocotte*, tarea que inició Dumas con *la Dama de las Camelias*, de este fermento que el Imperio derramó á manos llenas para que la nueva generación se adormeciera en el placer y no se ocupara de los destinos del Estado; este fermento ha continuado trabajando y hoy vemos sus terribles efectos.

¿Sabrá la República expulsarlo de su seno? Por ahora lo intenta. ¡Ay de ella si no lo logra! Al tiempo la respuesta.

François, les bas bleus, es la opereta que ha venido á entusiasmar al público de París en las *Folies dramatiques*.

Es una *Madame Angot* al revés, es decir, una opereta sobre costumbres de la gran Revolución, pero de espíritu republicano, así como la obra de Lecoq era de tendencias reaccionarias. El argumento es sencillo, un idilio de amor que empieza en un mercado y concluye uniendo á un plebeyo inteligente, elevado á coronel por sus méritos, con una hija de un noble de lo más encopetado. La música es muy delicada y tiene motivos preciosísimos.

En el *Eden Theatre* se ha estrenado el baile nuevo de grande espectáculo *Sieba*. La acción pasa en tiempo de las invasiones bárbaras, y la mayor parte de los personajes pertenecen á la mitología escandinava.

Madame Boniface es la pieza á la moda en los Bufos, y ha venido á reemplazar los *Mousquetaires au couvent* y la *Mascotte*. Es un despropósito en varios cuadros, argumento de la época de Luis XV, bonitos trajes y música ligera.

Después de todas estas piezas que retratan el estado de locura y de extravagancia en que vive París, ¿qué de extraño tiene el que se abra una *Exposición de artes incoherentes*?

Ésta llama la atención del público por sus excentricidades de todos géneros. Cuadros imposibles, documentos extraños, objetos sin utilidad alguna reconocida, he aquí lo que se colecciona hoy en la Gran Sala Vivienne. Las artes incoherentes dejan muy atrás las exposiciones jocosas del *Taller Embut*, *Taller Baldufa*, *Centro Antidinamocosmopoliterápico* y *Niu Guerrier*, en Barcelona. Para que nuestros lectores se formen una idea, aquí va la descripción de dos de los cuadros que allí figuran. Un hombre azul seguido de un perro encarnado, destacadose am-

bos sobre un fondo negro. El catálogo advierte que es de noche y pasan delante de una farmacia, cuyos aparadores tienen un globo de una pintura azulada y otro rojo iluminados por detrás. El otro es un cuadro del *avenir*. Sólo hay el marco, el cuadro pertenece al porvenir, pues aún no está allí. Hay una colección de discursos de aspirantes á diputado, y otra de disparates literarios, entre los cuales podrían muy bien figurar aquellos sueltos de cierto gacetillero: «*Hoy hace un año que ayer se inauguró el «Tranvía.»—«El instrumento en cuestión tendría un poco más «de tres pulgadas escasas.»* Después de esto, las conferencias de Coquelin Cadet sobre los *autores insensatos*, parecen discursos sobre un tema serio.

La Exposición Manet se ha instalado en la escuela de Bellas Artes. Terrible sarcasmo! El realista anti académico en el palacio del clasicismo! Y es que, en el París actual, todo lo que es disidente ó discordante hace fortuna. No hay como apartarse de la regla (con talento, por supuesto) para obtener éxito... cuando para alabar una cosa se dice de ella que es insensata! (*C'est insensé.*) ¡Qué gran libro podría escribirse con el título de *Paris détraqué!*

Por fin, ocupémonos un poco del Salón Trienal, de ese gran salón donde se han presentado las obras escogidas de todos los pintores célebres en París, producidas durante los tres últimos años. Casi todas ellas han figurado en las exposiciones anuales que aquí se celebran; de todas ellas habrán visto grabados ó leído descripciones nuestros lectores. Son obras ya juzgadas por la crítica. Sólo nos interesa pues este salón no como estudio detallado de sus cuadros, sino como estudio comparativo de los mismos en su conjunto. Así, pues, no entraremos á hacer una revista de cada una de las obras y sí sólo haremos consideraciones sobre el total.

El gobierno francés se ha convencido de una verdad proclamada por más de un filósofo, y es que las grandes obras del genio humano no se verifican, ó se verifican mal sin un apoyo. Y si sale el genio á pesar de dicho apoyo, es agriado, pesimista, y envenena á toda una generación con sus producciones. Un sabio ha dicho que el tiempo no transmite sino aquello en lo cual él ha colaborado. Para que el individuo que despunta, pueda tener este tiempo disponible á fin de dedicarse á obras de grande aliento, se necesitan medios que raras veces posee el artista ú hombre de ciencia antes de formarse. Así el pintor entregado á sí mismo, si no tiene fortuna para ganar su subsistencia, degenera en confeccionador de pinturas banales y nimias, propias para enriquecer los mercaderes de cuadros y en los otros ramos de la actividad humana los talentos se malogran de igual manera. ¡Cuánto genio literario ha parado á articulista de polémica, á falta de medios de subsistencia para llegar á mayor altura! Para evitar todo esto, el gobierno francés protege hoy todo talento que sobresale (en cualquier ramo del saber) dándole una pensión espléndida por tres años para que estudie libremente, dónde y cómo quiera, y tenga así tiempo de demostrar lo que vale. De estas pensiones tituladas *bolsas de viaje*, han salido hoy ya artistas eminentísimos. ¡Qué pálidas se han quedado la mayor parte de las obras de los antiguos maestros, crecidos en el molde de las convenciones académicas ó de las de un arte nacional mal entendido, al lado de las de los artistas nacidos con toda libertad, de esos artistas jóvenes que se han ido á formar al punto ó á los puntos á que su inspiración les llevaba, pudiendo observar las escuelas que más se avenían con su manera de sentir, y admirar la Naturaleza allí donde se manifestaba bajo un aspecto que armonizaba mejor con su sensibilidad! Á pesar de haber sido pocos los admitidos de los que pertenecen á este arte exento de convenciones, el elemento joven ha obtenido un triunfo completo.

Hemos dicho que han sido pocos los admitidos, y esto á causa de que el ministerio de Bellas Artes, si bien ha proporcionado independencia á los artistas, aún ha seguido nombrando los jurados de entre los individuos pertenecientes á los centros oficiales. Estos, miembros del instituto ó de la escuela de Bellas artes, se han vengado de los *intrusos* que venían á eclipsar su gloria oficial, no admitiendo á todos los que les ha sido posible el rehusar.

Á pesar de esto el salón actual, si bien carece de conjunto, muestra dos artes distintos: uno lleno de convenciones clásicas ó románticas, formalistas ó idealistas, con sus procedimientos de miniatura ó de brochazo, en una palabra, con sus clichés, con sus recetas; y el otro inspirado directamente en la naturaleza y en la sociedad. ¿Es éste ya un arte crítico y pensador? En algunos casos, sí, como lo demostró también el salón de Junio; en otros se limita á la reproducción fiel de la impresión; pero el paso está dado y lo que no se ha andado se andará.

Victor Hugo ha publicado un libro interesantísimo sobre las islas de la Mancha; es un tratado de geografía imaginativa. Al mismo tiempo asiste á los ensayos de su *Cromwell*. ¡Qué energía la de su cerebro! ¡creador á los 83 años!

POMPEYO GENER.

ESPAÑA

SUS MONUMENTOS Y ARTES - SU NATURALEZA É HISTORIA

OBRA ESCRITA POR LOS SEÑORES

D. Emilio Castelar, D. Pedro de Madrazo, D. Manuel Murguía, D. Francisco Pi Margall, D. Pablo Piferrer, D. José María Quadrado, etc., etc.

CON UN PRÓLOGO DE

D. ANTONIO CANOVAS DEL CASTILLO

EDICIÓN DE GRAN LUJO

Profusamente ilustrada con ricos fotograbados, grabados al boj, dibujos á pluma, heliografías y cromolitografías, reproducción del natural de los tipos característicos de España, sus principales monumentos, paisajes, cuadros, joyas, mobiliario, armas, trajes y demás objetos suntuarios y artísticos.

Esta obra constará de 17 á 20 tomos, repartidos por cuadernos de 100 páginas á 4 reales.

Véase el prospecto y álbum de suscripción en las principales librerías.

Biblioteca ARTE Y LETRAS

Las obras de la BIBLIOTECA ARTE Y LETRAS se publican formando tomos, en 8.º francés, de 350 á 450 páginas. Estos tomos van *encuadernados é ilustrados*. Las ilustraciones se deben á los más reputados artistas nacionales y extranjeros, y á cada tomo acompaña notable profusión de láminas, grabados al zinc, boj, cobre y acero, cromolitografías y fotograbados. Las encuadernaciones son en tela, con relieves en oro, plata y colores.

Los suscritores á la BIBLIOTECA ARTE Y LETRAS recibirán mensualmente como

REGALO

un tomo de la BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA, en octavo francés, de unas 300 páginas y ricamente encuadernado en tela con relieves.

Por suscripción, un tomo mensual, de la BIBLIOTECA ARTE Y LETRAS con el correspondiente de regalo: 16 reales.

Tomos sueltos BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA: 6 reales.

REPARTO PRÓXIMO DE LA BIBLIOTECA ARTE Y LETRAS

ROMANCERO SELECTO DEL CID



CON UN PRÓLOGO DE

D. MANUEL MILÁ Y FONTANALS



ILUSTRACIÓN DE

Werner, Feix, Gómez Selser y Xumetra

Grabados de Kaeseberg y Gómez Polo



DANIEL CORTEZO Y C.ª — BARCELONA

Establecimiento Tipográfico-Editorial

Ausias March, 95 y 97

Ayuntamiento de Madrid



★ ARTE Y LETRAS ★



● REGNAULT ● DELACROIX ● MESSONNIER ● DETAILLE ● BONNAT ● ROSALES ● FORTUNY ● V PALMAROLI ●
● MUNKACSY ● FROMENTIN ● COURBET ● GERÔME ● WORMS ● ZAMACOIS ● M. RICO ● J GIMENEZ-ARANDA ● RIBERA ●
● COROT ● GLAIZE ● INGRES ● CAROLUS DURAN ● RAIMUNDO MADRAZO ● PRADILLA ● TUSQUETS ●

BARCELONA

ADMINISTRACION - AUSIAS MARCH - 95

1882.

EL DESCANSO EN LA GRANJA

POR A. MOREAU.

SABIDO es que los pintores franceses que residen en París, suelen dedicarse al cultivo de un género, el más adecuado á sus aptitudes y aficiones, con esclusión de los demás. Son especialistas. Hay quien se dedica á las escenas militares y quien prefiere las campestres; este las costumbres de un siglo, aquel las de otro, unos los retratos, otros el paisaje ó la historia. Adrien Moreau junto con Leloir, ha sido en estos últimos años como el jefe de un grupo que monopolizaba para sí el reinado de Luis XIII, reproduciendo algunos episodios de la vida de los cortesanos, y ha sabido adquirir envidiable renombre entre los pintores de género. A nadie como á él corresponde con más propiedad el calificativo de distinguido, porque lo es en todo, en el dibujo, en la composición, en el color, sin que dé nunca lugar á grandes reparos, pero tampoco á excepcionales elogios. Los asuntos que trata suelen ser agradables, juguetones, sonrientes, los más propios para complacer y alegrar el ánimo; su dibujo es antes que todo, elegante y gracioso, y su pincel busca con predilección lo suntuoso y pintoresco, así en los trajes como en la combinación de los grupos. Con semejantes cualidades llamó particularmente la atención del público en la Exposición anual de París, de 1876, á la que concurrió con dos cuadros *Una Kermesse en la Edad media* y *El Descanso en la Granja*. El primero obtuvo con los aplausos de los aficionados á la pintura, una segunda medalla, y aunque no recuerda ciertamente las *Kermesses de Rubens*, que según opinión generalmente recibida, muestran con la mayor lozanía y vigor la naturaleza humana en la plenitud de la vida animal, sana y robusta, pero licenciosa y desbordada, el cuadro de Moreau no carece de viveza y animación, y sobre todo de variedad encantadora en los grupos. Su alegría es menos brutal y no rebasa los límites que impone al pintor el mayor decoro del siglo presente, mas no por eso es menos comunicativa y franca, ni se aleja del concepto más ó menos convencional, que tenemos de las costumbres populares de aquella Edad. La

abigarrada diversidad de colores, que ofrece para un cuadro, la indumentaria de los siglos medios, se halla bien aprovechada para hacer más grato y alegre el conjunto, que predispone al júbilo y á la algazara.

Después de ésta, las obras más notables de Moreau son la que tituló *Las Bodas de plata*, en que domina un sentimiento y carácter parecido, y la citada *El Descanso en la Granja* que dá ocasión á estas breves líneas.

Se alejó en ella de la consabida *mise en scene* del parque frondoso, con anchos senderos, tirados á cordel, y enarenados, y el antiguo castillo, ennegrecido y grandioso, con anchisimos ventanales. Figuran en el cuadro las damas de la corte de Luis XIII con su rozagante falda de seda, los finisimos encajes, el artístico peinado, que tanto encarecían los poetas con almirabados madrigales, labor primorosa de su ingenio palaciego, y de su erudición quitaesenciada; figura también el arrogante caballero, Artagnan de la pintura, que lleva de uno á otro cuadro su sombrero de anchas alas y blanco plumaje, sus botas con espuelas de oro, su ancho tahali del que cuelga la espada con que batió al enemigo en la Rochela; más tan encopetados personajes, dejan por esta vez la comida de bodas, la recepción en palacio, las avenidas de Versalles. Refugiados en la ahumada cocina de una granja, de vuelta de paseo, descansan y se complacen en el contraste que les ofrece la aventura. Rien de hallarse allí, en aquella atmósfera de rústica paz, de orden y laboriosidad monótona, en aquel santuario de resignación y honrada pobreza; se sientan un momento en las desvencijadas sillas, beben en los groseros cacharros del labriego, y deslumbran un momento á la pobre vieja que les dió hospedaje, con las vistosas telas de los rozagantes vestidos. El contraste no puede ser mayor, ni más interesante, ni más propio para lucir la riqueza y vivacidad de los colores.



Fotografía en color por M. B. B. B.

Fotografía en color por M. B. B. B.

El desamor en la granja

Escena de la obra...

Escena de la obra...

Escena de la obra...

JAUQUE AL REY

POR ZAMACOIS.

El nombre de Zamacois es tan conocido y famoso en España, patria del pintor, como ignorada y desconocida fué hasta ahora su vida privada. Ni abundan los antecedentes, ni existe, que sepamos, una biografía completa de Zamacois, quien, residiendo en París en los últimos años de su vida, supo hacerse lugar, y muy distinguido por cierto, entre el sinnúmero de pintores que medran en la capital de Francia. Mientras de estos, aun de los medianos, conocemos á veces la más insignificante particularidad, tenga ó no tenga relacion con su mérito artístico, y más que no sea necesario para aquilatarlo, en cambio á Zamacois le conoce el público español, sólo por sus obras, reproducidas á porfia, y admiradas de muchos con singularísima predilección.

Aparte del mérito indisputable que tengan como obras pictóricas, esta predilección con que son recibidas, se debe quizá á que en todas ellas desputa cierto espíritu pícaro y malicioso, que fija desde luego la atención, graba en la memoria el asunto del cuadro y obliga al espectador á reflexionar y á sonreirse. Zamacois no es de los que sólo pintan por pintar. Intencionado é irónico, compone para dar forma á un pensamiento, casi siempre burlesco, que revela ingenio sutil y delicado, y tendencia manifiesta á satirizar y poner en ridículo determinados principios é instituciones. Sin duda alguna, no emplea en esta tarea esfuerzos gigantesco; no hiera, se contenta con zaherir; no derriba con la piqueta, se limita á repartir burla burlando algunos alfileretazos; pero siempre tras de las composiciones se vé al autor, riéndose maliciosamente y quizá malevolamente, de su diabólica intencion.

Incluso en sus cuadros de menos importancia, aparece esta. Recuérdense, por ejemplo, los que tituló: *A mal Cristo, mucha sangre, y Nada en las manos, nada en los bolsillos*. Ya el solo título del primero predispone á la risa. Nos presenta en él un artista inepto, embadurnando un gran lienzo, profunando, no diremos pintando, la figura del Crucificado con grandes brochazos de vermellon, mientras le contemplan embebecidos unos frailes, con tal arrobamiento, como si tuvieran delante un Velazquez ó un Zurbarán. En el otro cuadro, un niño acaba de ser sorprendido por un guarda campestre en el acto de hurtar fruta en una huerta. El niño se bajó precipitadamente del árbol, y mudo de terror, azorado, próximo á prorumpir en llanto, enseña los bolsillos vacíos para demostrar su inocencia. Pero todo le delata como culpable. Se le enredaron algunas hojas en el pelo; tiene rasgados los calzones, y aunque sobrecogido de susto, no revelan menos el rostro la picardía y la travesura. Esta figura es lindísima, y tan expresiva y animada, que inspira al propio tiempo risa y compasion, pues al pobre muchacho le está amenazando el guarda con tan feroces ojos y tal socarronería, que parece que no se harán esperar los mojicones. Por lo visto, la leve infaccion tiene para aquella autoridad respetable tal gravedad é importancia, que es imposible contemplar al guarda sin reirse.

Zamacois ha ridiculizado igualmente en otros cuadros, á principes, frailes y nobles de épocas no lejanas. En *El Diezmo* ó *la Fuella al convento*, un grupo de frailes, á la puerta de éste, se rien á carcajadas de un compañero suyo, obligado á deponer la habitual gravedad de su estado para tirar de la borriquilla que, con las alforjas repletas, se empena en no pasar adelante, precisamente al fin de la jornada. El piadoso varon embarazado en sus esfuerzos y ademanes, por los holgados pliegues del hábito, suda é hincha los mofletes y echa chispas de rabia, tirando del ronzal de la bestia, pero inútilmente. Esta no cede, y los

maliciosos hermanos, con la más caritativa intencion, parecen animarla á la resistencia y encienden la ira de aquel con sus carcajadas y chanzonetas. Ese grupo, el de los actores de la lucha, el fondo, todo está pintado con muchísima verdad, y con aquella viveza de expresion y graciosa naturalidad en las actitudes que contribuye, tanto como el mismo asunto, á comunicar la risa. En el *Contrato de bodas*, son los pobres hidalgüelos castellanos los que entran en turno. Un aquijotado señor de lugar pide á un panzudo, o burgués la mano de su hija para el mayorazgo. Sentados en un banco de un jardin, y bajo un emparrados habla el uno con servil amabilidad y zalamería y escucha el otro con socarronería insolente, rascándose la oreja, y estirando las piernas, con la vanidad del grosero cuando vé humillado ante él, al que consideraba superior. El novio, confuso y avergonzado está de pié, sin saber donde ponga los ojos. La novia en el otro extremo, atisba sin ser vista la escena; es tan hermosa, tan seria, y hay tal dignidad en su rostro que no parece haya de sujetar al esposo á humillacion semejante á la del padre. Son ambos, dos individuos de la generacion que viene, que han de considerarse iguales, olvidando su diversa alcurnia por sus personales prendas, sin ofenderse mutuamente con el necio orgullo de los pergaminos, ó el más necio é intolerable aun de la riqueza.

En el *Favorito de un principe* figura un bufon que baja por la escalera de palacio, y toma por lo sério los homenajes de los palaciegos que al pié de la escalera le ceden el paso, mirándole con desprecio y mofa. Bufones ha pintado varios Zamacois. Más de una docena reunió en un solo cuadro, que los presenta aguardando la hora de mostrar sus habilidades, en una vasta antecámara, y como entre bastidores, entretenidos en ensayarlas, y en jugar unos, y durmiendo ó charlando otros. Los hay de todos tamaños y trajes, pero todos feos, contrahechos é inspirando más aversion y repugnancia que compasion. Tales afectos parece promover su vista en el ánimo de un paje que acierta á pasar por allí, de muy gallarda figura y bello rostro, que contrasta con la de aquellos miserables, como contrasta su gesto de desprecio y dignidad, con la abyeccion de tan viles payasos. En sus semblantes se muestran los diversos grados del envilecimiento á que les condena la desgracia; unos, sarcásticos y malos, otros, indiferentes y burlones, otros, estúpidos; todos tienen algo del mono, ágil y gracioso pero mal intencionado y arisco. De este cuadro, parece ser como un fragmento el original de la copia adjunta, pues se hallan reproducidos en esa breve y linda escena algunos modelos que figuran tambien en los *Bifones del siglo XVI*, que así se titula la citada obra.

Pero la mejor y más acabada de Zamacois, es la *Educacion de un principe*, harto conocida para que nos entretengamos en describirla. Tambien resalta en ella, muy clara y gráficamente, la intencion en aquel niño de teta que se entretiene ya en derribar soldados.... de plomo, y en aquel grupo de cortesanos que le miran complacientes como fiando en tal instinto bélico el engrandecimiento del Estado y de sí mismos. A tanto llega la complacencia que un ilustre anciano, tembloroso y decrepito, no vacila en doblarse, mal que les pese á los endurecidos huesos, para servir al tierno niño su señor, y todos, sostenedores leales del trono, dejan un instante los graves negocios para embeberse con los juegos del que ha de ser su rey. Tales fueron las principales obras de Zamacois, tan ingenioso compositor como habilísimo y correcto dibujante y brillante colorista.

PASEO POR EL JARDIN DEL HAREM

POR A. PASINI.

ALBERTO PASINI, aunque italiano de nación, es contado entre los pintores franceses. Francia le reclama por suyo, por haber contribuido á formar su educación artística y su reputación europea, desde que se dió á conocer en París en la Exposición de 1859, y tomó por maestro á Teodoro Rousseau. Apenas hubo recibido de éste las primeras lecciones, conoció Pasini que eran incompatibles con su verdadero génio, y la natural inclinación que sentía, como tantos otros pintores contemporáneos, por las bellezas puramente exteriores de los espectáculos humanos. « Su especial temperamento — dice uno de sus críticos — no le llamaba al estudio íntimo de la naturaleza. » Le era difícil comprender como podía sostener Rousseau que para pintar un buen paisaje, no era necesario que éste reuniera condición alguna de los que hacen exclamar al vulgo: « ¡ Qué hermosa vista! » Árido ó pedregoso, triste y despojado de verdura ó exuberante de vejetación, el campo parecía siempre bello, y en ocasiones, sublime al artista, que sabía interpretar su grandiosidad y sus encantos comunicando á esta interpretación algo del sentimiento que inspiraba á su alma. El discípulo no participaba del todo de estas ideas; sentía deseos de visitar nuevos é inexplorados países, en los cuales lo pintoresco y raro de las costumbres y los trajes, y lo extraordinario de los espectáculos naturales que le ofrecieran, se acordase mejor con su génio de colorista.

Cedió bien pronto á esta pasión por los viajes, y recorrió sucesivamente Persia, Siria, el Líbano y Turquía, huyendo de cuanto pudiera recordarle la civilización europea, y el cielo de su patria adoptiva.

Los cuadros que trajo de estas diversas excursiones, colocáronle desde luego en primera fila entre los más celebrados orientalistas á tal punto, que ha habido quien le ha considerado rival del mismo Fromentin, y superior desde luego á muchos otros que han seguido sus huellas. Pocos han aventajado en efecto á Pasini en el singular talento de trasladar al lienzo con la mayor verdad é intensidad de tonos, lo que se ha dado en llamar el color local. En más de un concepto recuerda á Fortuny por la precisión y nitidez de los colores, por su brillantez, riqueza y variedad. Su pincel se complace en las delicadas transparencias, los casi imperceptibles matices, y sobre todo en la rareza de los contrastes y armonías originales y fascinadoras. Se distingue mucho más en este concepto, que en cuanto se relaciona con el sentimiento de la composición y su carácter. La indumentaria y la arquitectura representan también singular papel en sus obras, que llevan el sello de un estilo propio que seduce la mirada, y no se olvida ni se confunde con otro alguno.

De estas obras son las más notables *La casa con balcón*, *El Mercado junto á la Mosquée*, *de Jeni-Djiami*. — *La entrevista de dos jefes Metualis*, *Arrabales de Constantinopla*, *La orden de arresto*, *Un Harem en la campiña del Bósforo*, y la que reproducimos hoy en la lámina adjunta.

Algunas de ellas figuraron en la Exposición universal de París en 1878, y atrajeron la atención de los inteligentes, en la sección italiana, como de las primeras entre las de los extranjeros.

EL HOMBRE DE ARMAS

POR MEISSONIER.

EL nombre de Meissonier es harto conocido, no solo en su patria sino en Europa entera, para que nos creamos obligados á hacer el elogio de sus obras con las ya convencionales frases que le ha dedicado la crítica. La personalidad de este pintor es sin embargo de aquellas, que siempre dan lugar á alguna consideración, porque parecen simbolizar y resumir todo un género, toda una escuela, toda una tendencia del arte en su tiempo, sea que realmente atiendan á satisfacer aspiraciones sentidas de los contemporáneos, sea que con sus obras, las engendren y fomenten. Meissonier, como Fortuny, podría ser llamado el jefe de la pintura en pequeño, de aquella escuela tan en boga ahora, que sustituye á la inspiración la laboriosidad, la gracia de lo exquisito y refinado á la majestad de lo grande y fija por meta ideal de sus esfuerzos, la perfección desespetadora, pulcra, nimia, inasequible, en cuanto se refiere á la forma. Un crítico decía hablando del insigne reusense que pintaba sus cuadros como fabrican las abejas su panal; tanta era la mecánica solicitud y paciencia con que iba libando y deponiendo en ellos la miel de lo bello y delicado. Lo propio podría decirse de Meissonier y aun con mayor razón, no porque le aventaje, sino porque más descontentadizo y minucioso, pone mayor empeño en dejar acabada y perfecta su obra, de modo que bajo el punto de vista de la exactitud en los detalles y de los primores en la ejecución, nada deje que desear á los ojos de los inteligentes. De Meissonier se cuenta que para pintar su magnífico cuadro « 1807 » no solo empleó tiempo y espacio de sobras, estudiando y pintando separadamente cada figura de por sí, sino que tuvo á la vista uno por uno, todos los modelos de los uniformes de las diferentes armas del imperio, copiando exactísimamente sus detalles sin faltar un solo broche, y cuando advertía que había incurrido en error, aun en lo más insignificante, acudía á repararlo concienzudo, á trueque de descomponer una figura ó una actitud. Y la misma laboriosidad empleó en el estudio de los caballos, su anatomía, sus formas, en aquellos fugaces instantes en que la velocidad de la carrera, apenas permite sorprenderlas sino en conjunto.

No se crea, sin embargo, que esta nimiedad, que raya en manía, solo en lo accesorio se manifieste. Dará tal vez á lo accesorio excesiva importancia, pero no es posible desconocer que en Meissonier aparece como medio seguro de llegar á la perfección deseada en lo principal, que es el color y el dibujo, irrepugnables en todos sentidos, en sus obras. Ni excluye tampoco cierta grandiosidad en la composición. A pesar del tamaño de las figuras, ó tal vez por ello, el cuadro citado « 1807 » desfiló del ejército imperial en el mismo campo de batalla, por delante de Napoleón, impresionando y conmueve como la misma realidad. Cada uno de los entusiastas vencedores que victorea á su ídolo, expresa con toda verdad el sentimiento que le agita; este su admiración inteligente, aquel su candorosa y frenética embriaguez, el de más allá su cansancio é indiferencia. Y en medio de ellos, el génio de la guerra, con no diferenciarse de los demás con la menor insignia, y hallarse en segundo término, resalta como si estuviera circundado de mágica aureola, y atrae desde luego la atención del espectador, fascinando con la sencillez de su grandeza, su dignidad, su calma.

No cabe negar, pues, viendo este cuadro y el que vá de par con él, « 1814 », (recuerdo de la retirada de Rusia,) que falte á Meissonier el sentimiento de lo bello en la composición, unida á aquellas condiciones antes citadas. Pero en realidad, el pintor ha empleado con más frecuencia sus pinceles en obras acabadas sí, pero de las que sólo recrean la mirada y nada dicen, ni al corazón, ni á la inteligencia y que nada serían si el buen gusto artístico de nuestros días, no conviniera en aceptar la pintura por la pintura.

Con esta lámina, repartimos al propio tiempo una elegante portada, debida al lapiz del distinguido dibujante Sr. Pellicer quien con suma corrección y exactitud casi fotográfica, ha reproducido en ella los retratos de los principales pintores contemporáneos. Figura á la derecha del espectador la brillante pléyade de los españoles, y en preeminente lugar el inmortal Rosales; homenaje debido, no solo á su génio, sino también á la elevación de sus aspiraciones artísticas, que nunca se dobló ante las exigencias de la moda, ni cedió á los obstáculos de todo género, que se interpusieron en su camino. Agrúpanse detrás de él en primer término, Zamacois, Madrazo, Rico y Fortuny, los primeros, entre los pintores de género de nuestros días, y vienen luego el insigne autor de *Juana la Loca*, Gimenez-Aranda, Tusquets, Ribera, menos conocido en su patria que entre los aficionados de París, por sus inimitables cuadros de costumbres de las clases obreras, y el reputado Palmaroli, autor del *3 de Mayo*.

Á la izquierda colocó el autor el grupo de los extrajeros, presidido por Delacroix, á quien corresponde este puesto de honor, por haber revelado con su génio los secretos del colorido á toda una generación, marcando nuevos rumbos al arte de la pintura en Francia. De pié, envuelto en una capa de anchos pliegues se halla Meissonier, y junto á él Gérôme y detrás hacia la izquierda, se agrupan los más famosos en los distintos géneros y escuelas; el naturalista Coutbet junto al académico Ingres, Glaize, y Fromentin, el pintor del Oriente, Munkacsy, el autor de *Milton dictando su Paraiso*, Corot el gran paisajista, y Regnault que inmortalizó sus pinceles con su retrato del general Prim.

Todavía halló Pellicer, espacio suficiente en el centro de su bien entendida agrupación para colocar en menor tamaño los retratos de Carolus Durán, que figura detrás de Gérôme á su derecha, Detaille, Worms y Bonnat, maestro de tantos pintores hoy célebres, y no inferior á ninguno de sus más célebres discípulos.

Una estatua de la gloria, con una corona en la mano, se alza en medio del grupo.

Nada nos ha parecido más oportuno para adornar la primera página del álbum de nuestros grabados, como esta galería de retratos auténticos de los artistas cuyas mejores obras figuran ó han de figurar en él.

ARTE Y LETRAS.



PHOTOGRAPHIE GODELL & CO

Homme de armes

Verlag des Geogr. & C.

Imprimé par GODELL & CO, 15, rue de la Harpe, LONDRES, LA MAR.

New York Published by H. Koenig



E. DOMENECH Y C^{IA} EDITORES BARCELONA



Peint par J. Verhaeg

Photographie Goupil & Co

Escoje!

Berlin, Verlag von Goupil & Co

Imprimé & Publié par GOUPILOU & Co Éditeurs
Paris - Londres - La Haye

New York - Publisher Geo. H. Handley

EL DERECHO FEUDAL

POR J. GARNIER.

El *Derecho feudal* es la primera obra de importancia de su autor, Julio Garnier, y la primera también que atrajo sobre él la atención de los inteligentes. Era esto en 1872, y en la Exposición de pinturas que se celebra anualmente en París. Tres años antes habían expuesto otros dos cuadros, que representaban el uno una mujer bañándose, y el otro un episodio de la vida de la célebre Mlle. Sombreuil que salvó la de su padre con un rasgo de heroísmo, en las matanzas de 1792. Ninguno de ambos cuadros obtuvo éxito alguno, á pesar de que el primero era de grandes pretensiones. Harto se manifestaba en ellos el esfuerzo del principiante, cuyos comienzos fueron lentos, penosos, y debidos á la constancia y la laboriosidad, antes que á la verdadera inspiración. Pero cuando tras ellos y para desquitarse de la pasada indiferencia, presentó Garnier su *Derecho feudal*, el triunfo obtenido le recompensó con creces la modestia y reserva con que se esforzaba en progresar.

El *Derecho feudal* es en efecto un cuadro notable por todos conceptos, y principalmente por su composición. El asunto que de otra manera tratado hubiese sido torpe y repugnante, se convierte aquí, á pesar de los riesgos que ofrecía, en crítica sangrienta, presentada de un modo culto, para un derecho execrable. Nada se halla en la composición que ofenda al que la contemple y mucho sí que observe en la belleza y timidez de la féudica esposa, en la altanería del señor, en el estupor imbécil del vasallo, en la cinica expresión de los guardias. Todo está indicado con delicadeza, y las figuras, dibujadas con suma corrección, pues tanto interesa y agrada el conjunto, como cada una de sus partes consideradas atenta y separadamente.

Desde entonces, Garnier se ocupó con predilección en el estudio de las costumbres de la Edad Media, que por lo pintorescas y extravagantes, tantos recursos ofrecen á la imaginación del artista. Más concienzudo y original que muchos otros, no quiso presentarlas bajo su aspecto seductor y poético, á la manera del romanticismo. No fueron los torneos, ni las castellanías, ni las córtés de amor, ni los tiernos trovadores, los que fué á pintar, sino los tristes espectáculos que arguyen el atraso de aquella Edad, sus extrañas preocupaciones y la confusión en que se hallaba la noción de lo justo. En estos cuadros figuran por lo común pecheros y villanos y soldados que recuerdan más á Rabalais que á los héroes de los libros de caballería, y el autor parece inspirarse antes en el deseo de zaherir aquellas costumbres, que en el de poetizarlas en lo más mimino, bien que aproveche asiduamente la riqueza de elementos pictóricos que prestan á manos llenas lo variado y caprichoso de los trajes de las diversas clases de entonces. Esto cabe observar en otros dos cuadros, que con el ya citado son los más famosos de Garnier. Nos referimos al que tituló *El Rey se divierte*, y al *Suplicio de los adúlteros*. El primero tiene asunto é intención análogos á los del drama de Victor Hugo del mismo título, y no parece sino una escena suelta de aquel. En el segundo, bastante posterior, se reproduce el espectáculo de una repugnante costumbre de aquella época, demasiado á lo vivo por cierto, pero con una composición acertada, donde no hay una sola figura que no exprese vivamente el pensamiento que la preocupa ó el afecto que le embarga.

ARTE Y LETRAS



Printed by G. B. de la Cruz

Photographed by G. B. de la Cruz

El Derecho Feudal

El arte y las letras

Impreso en el taller de la imprenta de don Juan de la Cruz

Madrid, Publicación de la imprenta de don Juan de la Cruz

DIÓGENES

POR GERÔME.

No es imprescindible sin duda escribir al pié del cuadro de Gerôme el nombre del filósofo cínico, para reconocerle inmediatamente. Bástanos para ello verle desnudo, metido en su tonel, abundando de todos en medio de una calle de Atenas, y teniendo por todo ajuar un palo, un saco, una capa, la célebre linterna con que buscaba á un hombre, y por toda compañía algunos perros callejeros que le contemplan absortos y con el respeto que inspira la locura y la extravagancia. Sólo se echa de menos la escudilla de barro en que bebía, bien que, según cuentan, la rompió muy pronto convencido de su inutilidad, como hubiese visto á un niño bebiendo en el hueco de la mano.

El autor del cuadro, el célebre Gerôme, cuyo nombre no es ya desconocido de nadie que tenga la menor afición á las bellas artes, es el pintor erudito por excelencia. La erudición tiene tanta parte en sus obras como el arte. Muy joven era cuando manifestó semejante tendencia hácia cuanto se relaciona con la historia, la arqueología y la etnografía, en su primer cuadro *Jóvenes griegos contemplando una riña de gallos* (1847,) y más tarde en su *Anacronite haciendo danzar á Baco y al Amor* (1848), que se halla hoy en el Museo de Tolosa.

Con estas y otras composiciones puso bien pronto en boga asuntos de la historia de Grecia y Roma. Por este camino le siguieron otros pintores franceses, como Hamon, Picou, Toulmonche y Jobbé-Duval, y llegó á formar pequeña escuela, llamada neo-griega, que aún cuenta con algunos adeptos en nuestros días.

Pocos serán los que no conozcan las más renombradas composiciones de Gerôme en ese género, las cuales se han reproducido repetidamente en estos últimos años. No han llegado hasta nosotros todas, ni de mucho. No se conocen que yo sepa las citadas, *El Gineceo*, *Cleopatra y César*, *Los Cómitos* y tantas

otras, pero son generalmente conocidas *Los dos Augures*, *La Muerte de César*, *Ave César*, *Pollice verso* y *Friné delante del Arcópago*.

Gerôme ha sido muy fecundo y laborioso. No se concretó á los asuntos griegos y romanos. Otra galería tan vasta como la que forman los cuadros del género citado, formarían los de asuntos orientales, fruto de repetidos viajes á Turquía, Egipto, Siria, Judea, etc., á donde llevó el pintor su espíritu de observación, su amor del natural. Fuera de esto, se ha inspirado también en la historia de Bonaparte como Meissonier, y ha pintado cuadros originales y bellísimos como el *Duelo á la salida del Baile*, *Rembrandt en su taller*, *Almuerzo en casa de Molière* y el que le valió la medalla de honor en 1874 titulado: *La Eminencia gris*.

Cualquiera de los grandes cuadros de Gerôme basta para formar cabal concepto de la indole de su talento. Grandioso, admirable y verdaderamente superior cuando concibe y compone; siempre dramático, majestuoso é intencionado; correctísimo, con aquel buen gusto y perfección clásicos que parecen imponerle los propios asuntos, esclavo del orden y la unidad, sintetizador concreto, y tan minucioso y concienzudo en los por menores, que el más sabio anticuario no hallará en ellos ni el menor descuido ni el más insignificante anacronismo. Es de los que evocan el alma del pasado con el esfuerzo de su inspiración, y la visten y adornan con paciente laboriosidad. Sólo se echa de menos en él la aptitud del colorista. Como es fácil persuadirnos de que es lo mejor aquello de que somos capaces, Gerôme será de los que creen que la belleza de una pintura reside en la composición antes que en los hechizos del color, pero es la verdad que sus cuadros admiran y conmueven cuando se reproducen sin él, y no causan la misma impresión los originales.

ARTE Y LETRAS.



Photogravure Goussier & Co

New York, Published by M. Blandin

Diogenes

Impresso & Prensas por G. Goussier & Co. Editores

Paris - Londres - La Haye

Paris par J. L. Goussier

Paris - Londres - La Haye



Primer y segundo planos.

Plano general del interior.

La tienda de Siquero

Diseñado por el Sr. D. J. M. de Siquero
Pintado por el Sr. D. J. M. de Siquero

Albano Pascual y Pardo

Aranda

LA BARBERÍA DE FIGARO

POR GIMENEZ-ARANDA.

O CURRIÓSELE á Beaumarchais escribir una comedia ridiculizando los vicios de la sociedad en que vivía, y para evitar la ofensiva proximidad entre el original y la copia, colocó la acción fuera de la misma sociedad que pensaba zaherir. Tradujo sus personajes á Sevilla. Con esto hubo de pensar en darles apellidos andaluces. A un barbero que figuraba en la intriga le llamó Figaro, apellido catalán (1). De un catalán á un andaluz no es poca la diferencia, pero Beaumarchais, ajeno á las cosas de España, no podía advertir su craso error. Quizá había conocido algun catalán llamado Figaró ó Figueró, y fijándose en su calidad de español, pensó que también podía llamarse así un sevillano. El caso fué que ni aun los mismos españoles advirtieron aquella impropiedad. Aceptaron el nombre, lo castellanizaron haciéndolo esdrújulo, y despues Rossini y Larra tomándolo por pseudónimo, se encargaron de hacerlo inmortal en su nueva forma. Hé aquí el origen de este nombre, que alcanzó ya la popularidad de todas las grandes creaciones. Porque Figaro lo es, como Gil Blas, como Robinson, como el Quijote.

Sin duda que Gimenez Aranda, el distinguido pintor español, autor del cuadro cuya reproducción vá en esa cubierta, no quiso pintar el Figaro tipo, sino que usó de este nombre como sinónimo de barbero en España. Hasta suponer lo contrario la presencia del cura, con su sombrero tan exagerado como el que usaria cualquier cantante italiano para divertir al púero en el *Barbero de Sevilla*; pero tampoco ese nuevo D. Basilio tiene nada que recuerde el carácter de ese personaje. Tanto ese cura, como su competidor en el juego de damas, formando bellissimo grupo, lleno de verdad y gracia, no parecen en suma, más que

ordinarios parroquianos de la tienda, de los que en las poblaciones cortas, á la vuelta del paseo, suelen convertir en casino la casa ajena y traer su caudal diario al fondo comun de la chismografía de lugar. Esta parece la escena, que no recuerda ninguna de las chispeantes de la comedia francesa.

No por eso es menos notable y graciosa. En el cuadro de Gimenez Aranda es de notar antes que todo aquella viveza, aquella frescura de concepcion y color que distingue á los pintores españoles los cuales, como los italianos, son por temperamento más pintores que ningun otro pueblo de Europa. Podrán ser aventajados á veces en todas aquellas cualidades que se adquieren con el estudio y la aplicacion, pero finalmente en las que son fruto de las condiciones de raza, y parece debemos al cielo meridional, á la impresionabilidad nerviosa de nuestra complexion, y á la fascinacion que ejerce el color sobre ella, áun entre los profanos. Los mismos trajes característicos del pueblo arguyen este secreto amor al colorido en los pueblos meridionales.

El nombre de Gimenez Aranda es ya conocido en España con elogio y figura entre la brillante plejade de los pintores modernos que han tratado de obedecer de nuevo á las innatas condiciones de raza que indico, apasionándose por la luz, y accentuando sus efectos crudos de que encierran verdadera belleza, y llevan consigo poesia suficiente para constituir todo el arte de la pintura. Podrá creerse lo que se quiera de esa tendencia, pero no podrá negarse nunca vivísimo encanto á los ejemplares que ha producido en nuestros dias, y al ver un cuadro como *La Barbería de Figaro*, será necesario afirmar que España sigue compartiendo con Italia exclusivamente, la gloria de poseer el instinto de la belleza en el uso y combinacion de los colores.

(1) Tomamos esta observacion de Hartzenbusch.



Printed and sold in all parts.

Photographed by Goussier & Co.

El cajon de los secretos



S. S. de Aplicación. Photographique

7. Rue d'Argenteuil. Paris

PASO DIFICIL

ARTE Y LETRAS



Peint par Barts

Lichtdruck Blatt.

Salomé's.

Wien, Verlag von Renner & C.

*Artistische Anstalt
von
BAUKEL'S Verlag, Pesth & Buda.*

New-York, Published by Saxe.

MEDITACION

POR A. VELY.

Poco há, en el próximo pasado Enero, murió en París el autor del cuadro que reproducimos hoy, Anatolio Vely, cuyo nombre es menos conocido seguramente de los españoles, que algunas de sus más renombradas obras. ¿A quien no han llamado la atención alguna vez en los escaparates de algunas tiendas, los magníficos grabados que llevan por título *Le Premier pas* y *Le Cœur s'éveille*? Ya que no fueran parte á atraer la mirada del transeunte, la distincion y elegancia del dibujo, sedúcente desde luego la intencion y la delicadeza del sentimiento en ambas composiciones, y no puede menos de detenerse á contemplarlas siquiera un instante.

Vely, que en los últimos veinte años de su vida acaso no dejó de concurrir á ninguna de las Exposiciones que anualmente se celebran en el Palacio de la Industria de París, obtuvo con las citadas obras lisonjoso éxito en 1880, y aunque no se cuenta entre los primeros pintores, tiene entre los de género personalidad propia. Distinguele desde luego la gracia y la elegancia, y aparte de sus sólidas cualidades de dibujante y pintor, cierta exquisita inclinacion á dar vida con puras y correctas líneas á los más vagos afectos del ánimo.

En el cuadro que titula *Le Premier pas*, figura una pareja de enamorados que, habiéndose extraviado por una hondonada en su paseo campestre, entretenidos sin duda en sabroso coloquio, llegan á la orilla de

un arroyo que les es forzoso vadear. Detiene el paso ella, mostrándose indecisa y vacilante, y le invita él á pasar, ofreciéndole para ello su apoyo. La composicion no puede ser más sencilla, ni más interesante, bien que la figura de la joven no sea de mucho tan hermosa, como la de la preciosa doncella de *Le Cœur s'éveille*.

Esta, sentada á los piés de su abuela, en elegante postura, tiene fija la mirada en el vado, cual si viera flotar en el aire los primeros sueños de su corazon enamorado, las primeras ilusiones de su vida. En su rostro ideal se dibuja apenas las sonrisas de la alegría y la sorpresa, vaga incertidumbre, encanto inefable que trae á su alma, la primera emocion de amor, de la que en vano pretende darse cuenta. La venerable anciana que la contempla á sus piés, ofrece á la reflexion contraste picante, como la imagen del desengaño y la austeridad, junto á la del soñador idealismo de la juventud.

Por la vaguedad de los afectos que en su semblante se retratan, y aun por su parecido, la figura de *Meditacion*, recuerda algo la de aquel cuadro, y quizá le aventaja en belleza y en poesia. Basta con ella para formar concepto exacto del carácter de las obras de Anatolio Vely, arrebatado á las artes cuando cabia esperar de él nuevos y valiosos frutos.



Fait par A. Wly

Photographie Goupil & Co

La Méditerranée

Paris - Paris - Paris

*Imprime & Publie par G. P. L. & Co Editeurs
Paris - Londres - La Haye*

New York - Publishers by M. Amédée

BIBLIOTECA ARTE Y LETRAS - EDITOR FRANCISCO PEREZ - BARCELONA



J. Roux, Appréhendé Paris

SIEMPRE GANANDO

A. de la Cruz, Apéndice. P. 100



SUEÑOS DE ALDEA

BIBLIOTECA ARTE Y LETRAS - EDITOR FRANCISCO PEREZ - BARCELONA



St. Louis, Appartenance, Photographes

7 Rue de Valenciennes, Paris

A ORILLAS DEL RIO

LA CRUZ ROJA

POR DETAILLE.

CON los desastres de la guerra franco-prusiana, los cuadros de episodios de la misma y de escenas militares, vinieron á ser para los franceses, commovedoras páginas de una epopeya de dolor, inspiradas á la par por el patriotismo y por el arte. Este se ponía al servicio de aquel; el pintor daba forma á las sinceras emociones que embargaban su ánimo de buen francés. Se dió con frecuencia el caso de que el artista habia sido al propio tiempo soldado. Detaille y Neuville lo fueron y soltaban el fusil para borrar sus croquis y concebían sus cuadros bajo la tienda con los lúgubres recuerdos de la víspera.

En esta galería destinada á eternizar la memoria de la guerra, pertenece á Detaille la mayoría de las obras que pintan y describen las diversas fases de la vida militar, pero no lo patético, lo horrible y cruento, lo heroico de la lucha, que parece llamar más poderosamente la atención de su amigo Neuville. Cuando con el tiempo quiera saberse cuál era el equipo y uniforme de cada uno de los cuerpos del ejército francés en 1870, ó cómo vivían en el cuartel y en el alojamiento los soldados; cuando la curiosidad ande en busca de las escenas puramente pintorescas y animadas á que dá lugar la marcha, el ejercicio, las sorpresas, el convoy, el reconocimiento, la expectativa, entonces se acudirá á Detaille que con portentosa exactitud y minuciosidad ha investigado, registrado, clasificado, ordenado todos los elementos que concurren á tales espectáculos. Discipulo de Meissonier desde 1867, cuando apenas contaba diez y nueve años, Detaille siguió al maestro en su pasión por los pormenores, que prestan á sus obras tanto relieve y tan poderosa verdad.

La predilección de Detaille por los asuntos militares creció con la guerra, mas no trae de ella su origen. Despues de su primer cuadro *Taller de Mr. Meissonier*, le valió de golpe su reputación el que expuso en 1869, con el título: *El descanso durante el ejercicio*, al cual se sucedieron en breve desde aquella fecha hasta 1870 otros no menos notables, pues no cesaron los encargos en cuanto hubo pronunciado sus elogios la crítica. A esta época pertenecen: *La lectura de periódicos*; *El plan de campaña*; *Un rincón de café*; *Los Incroyables* y *El combate entre los cosacos y los guardias de honor*.

En 1870, volvía de España y Argel con otros pintores amigos suyos, cuando le sorprendió la guerra. Madurado su talento, y terminados sus estudios en el taller de Meissonier, no se discutieron ya sus méritos, y empezó á gozar sin restricciones de la fama que habia sabido adquirir con incesante laboriosidad, y las sólidas cualidades de su pincel privilegiado.

Durante este período de diez años, el número de sus obras aumentó prodigiosamente. Entre ellas figura *El desfile de un regimiento* por las calles de Paris, que es sin duda de los mejores, tanto por la ejecución como por el asunto. Este es de los que fijan la atención aun de los profanos. Pocos serán, en efecto, los que no hayan reparado nunca en el espectáculo bello y animadísimo que ofrece al observador el paso de las tropas al són de una música militar que resena fuertemente en el pecho, anima y exalta á chicos y grandes y se lleva tras sí los ojos y el ánimo, forzando involuntariamente á erguir el cuerpo y á moverse á compas á los transeuntes. La animación y vida, el color y poesía de una escena de esta índole, están reproducidos con arte maravilloso en el cuadro de Detaille, el cual basta á formar su reputación.

Entre los demas que pintó en el período indicado, tales como *Una sorpresa en un castillo*; *De guardia*; *Oficiales en observación*; *Oficiales interrogando á unos prisioneros*, &c., &c., se halla el que tituló *Los Vencedores* que dió mucho que hablar, y no fué admitido en la Exposición anual de Paris. Figura un convoy prusiano cargado de rico botín, cuya venta regatean los soldados alemanes con un judío. Al patriotismo humillado puede perdonársele este insultante desahogo, y el olvido de la historia de las conquistas francesas.

Diremos para concluir, que el cuadro de *La Cruz Roja* cuya reproducción hemos publicado, es bastante á revelar los méritos y excepcionales condiciones de Detaille. Será sin duda, como la mayoría de los suyos, de los que pasarán á la posteridad como documentos para la historia de nuestra época, que cuenta entre sus glorias la de haber llevado al mismo campo del ódio y la ambición, la bandera del amor cristiano.

ARTE Y LETRAS



Photographie Anglaise, C^o

New York, succursale de W. Woodfall

La cruz Rojal

Impresso de Puchol por el Sr. D. J. B. y C. en la imprenta de la calle de San Mateo, número 10, en Madrid.

Printed for Edward Taylor

London, England, 1847

UNA VOCCACION

POR WORMS.

ES fama que los franceses suelen cometer los más crasos errores cuando pretenden describir las genuinas costumbres españolas. Existe, en efecto, una España puramente fantástica y convencional para uso de los extranjeros, creada por obra y gracia de algunos novelistas y fruto de tradicionales preocupaciones que, lejos de combatir, han fomentado ciertos españoles al salir de su patria, si les ha convenido adular los gustos de ingleses y parisienses. Esta España pintoresca, en cuya composición entra una pequeña dosis de verdad y otra mayor de fantasía, pidiendo prestado algo al Quijote, y otro poco á Goya y á Ramon de la Cruz, ha sido el embeleso de los artistas, particularmente de los pintores, hasta nuestros días, pero por desgracia ó por fortuna, pues no sabemos qué deba afirmarse, se va desvaneciendo para dar lugar al conocimiento exacto de la realidad.

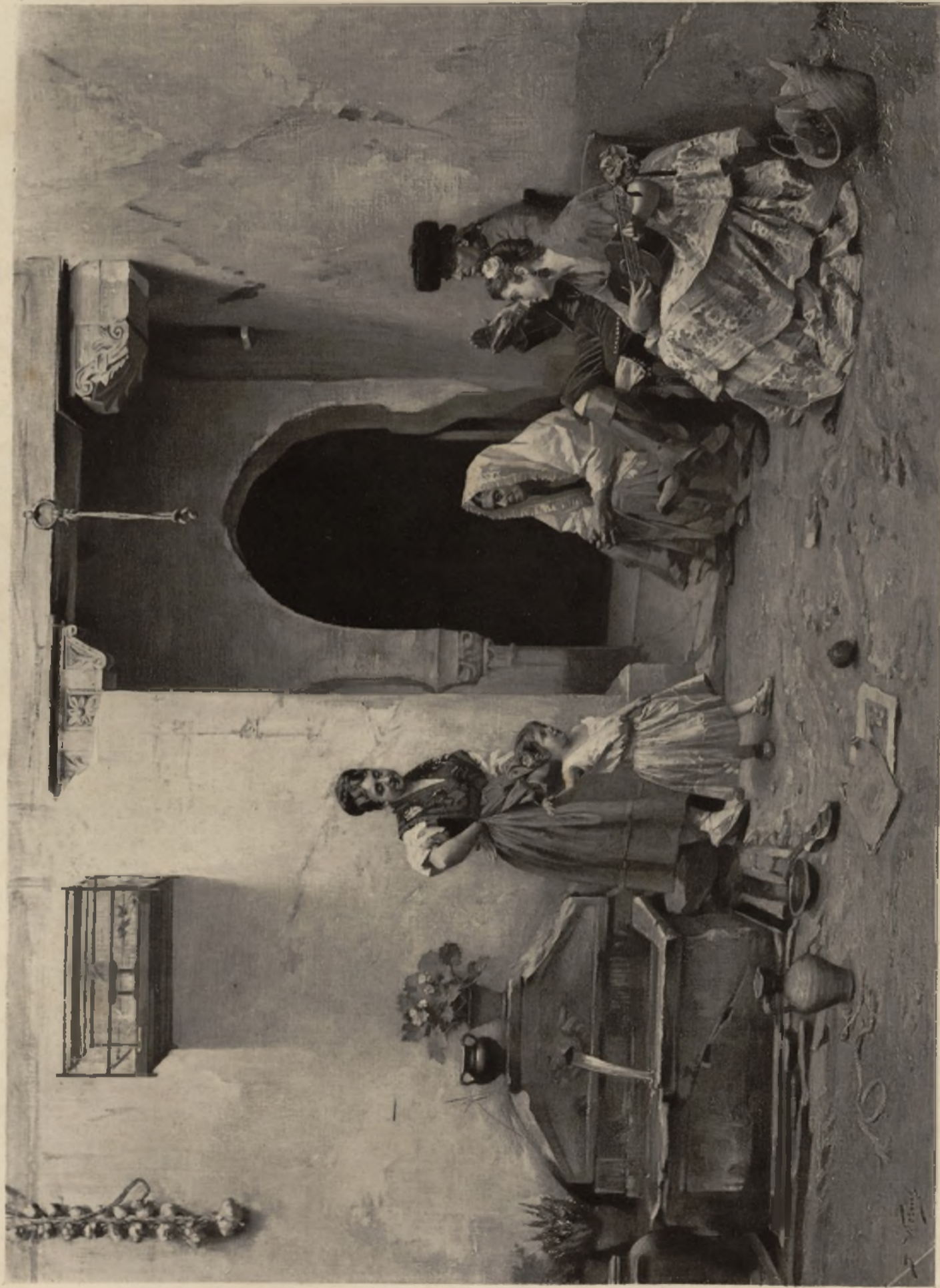
Los cuadros del pintor Worms son la más completa prueba de este aserto. Francés de nacion y parisiense puro por carácter é inclinaciones, se ha dedicado exclusivamente á explotar por última vez el decayido género de costumbres españolas, pero lejos de seguir las huellas de sus predecesores, como comprendiendo llegada la hora de la observacion directa y de la verdad, ha fiado á estas dos condiciones el éxito. Podría decirse por tanto, que es uno de los primeros que ha contribuido á dar á conocer España á sus compatriotas, sin prevenciones ni alteraciones, que otros han considerado debian á la opinion comun y al arte. Worms ha pintado en nuestra misma patria sus cuadros de costumbres españolas; Worms la ha visitado diversas veces desde 1862, permaneciendo en ella largas temporadas. Una de estas veces, en 1871, pasó con Fortuny algunas semanas en Granada. Su último viaje á nuestro país, si no estamos equivocados, fué en 1877. Worms conoce ademas, no una sola región, sino diversas provincias, y ha tenido ocasion de convencerse de las radicales diferencias que las caracterizan, y cuán absurdo es atribuir á España entera una sola fisonomía, esperando hallar andaluzas en Barcelona ó Bilbao. Precisamente las

provincias del Norte han sido las que más ha visitado, recorriendo en diversas direcciones Asturias, las Provincias Vascongadas, Aragon y Castilla la Vieja, y deteniéndose particularmente en Ávila y Salamanca. Sus cuadros y croquis, que son muchos, revelan de un modo visible este conocimiento exacto de España, que sólo puede ser fruto de la asiduidad y de la observacion imparcial y detenida. La atestiguan tambien sus propios recuerdos y algunos apuntes de viaje, en los cuales se manifiesta siempre el intento de no ver más de lo que hay en los espectáculos que se le ofrecen, y sumo cuidado en no dejarse llevar de aquella propension natural en todo viajero, á sacar consecuencias generales de hechos aislados y á veces fortuitos. Digamos ademas, en honor de nuestro país y del mismo artista, que este se ha mostrado más de una vez reconocido al carácter hospitalario de los españoles.

Por los conceptos indicados, Worms es digno del mayor elogio. Acaso se echa de menos en sus obras cierta distincion y novedad, cierta poesia y gracia que indudablemente hallaria un genio poderoso en la interpretacion de las costumbres y tipos populares que tanto se alejan de los tipos y costumbres, producto de la civilizacion moderna. Si Worms ha sido exacto y verídico, no ha sabido profundizar el carácter de raza, ni llegar al alma de los mismos espectáculos que copiaba con tal avidez. No porque no vista á los aragoneses de toreros, ni á todas las mujeres de manolas, puede decirse que ha llegado á apreciar por completo cuántos tesoros está ofreciendo al pintor y al poeta, sin que nadie los recoja, la España que se vá.

La lista de los cuadros de Worms en este lugar, ocuparia mucho espacio. Una votacion, cuya copia acompaña esta cubierta, es de 1875, época en que su autor habia pintado ya *La corrida de novillos*, *Las costumbres de Castilla*, *La ronda*, *La venta de una mula* y otros y otros. En España son conocidos casi todos, y entre ellos *La fuente del Toro en Granada*, uno de los mejores y *La flor preferida*.

ARTE Y LETRAS



Peint par J. Borras

Deligne par Goussier & Co

Annales

Berlin - Verlagsanstalt G. Reimer

Imprimerie & Publicité de la Presse, 10, rue d'Orléans

Number 1, Published by K. Boudier

EL GYNECEO

POR BOULANGER.

EN una de nuestras anteriores hojas y hablando de Gerôme, dijimos que había pertenecido á la llamada escuela *neo-griega*, la cual contaba aún en Francia con algunos adeptos. De este número es Boulanger, y parece comprenderle la descripción que de ellos hacia Gauthier el inimitable, cuando los imaginaba pintando con paleta de marfil, coronados de rosas, despues de haber leído con fruición una oda de Anacreonte ú Horacio en rara edición de bibliófilo, y eligiendo sus modelos entre las modernas *Aspasias*, que entraban furivamente en el taller de aquellos envidiables *bon-vivants*.

El *Gyneceo* de Boulanger es, como todos los cuadros de aquella escuela, una reproducción, llena de verdad y rara elegancia, de una escena de costumbres en Roma ó Pompeya, tal como permiten imaginarla, sin temor de engañarse en lo más mínimo, el gran caudal de noticias que adquirimos modernamente sobre la antigüedad, en particular desde que fué desenterrada Pompeya. Incluso el sentimiento de armonía y orden, de refinado epicureísmo, de plácida y atildada belleza, que atribuimos á los paganos durante el Imperio (conceptos que como todos han pasado ya á ser convencionales), incluso este sentimiento, este espíritu, se halla en la obra de Boulanger, que lo ofrece en grato conjunto.

El cuadro no tiene más defecto que el de no impresionar por su novedad, y haber sido compuesto cuando su género está harto explotado. De modo que es de los que suscitan la cuestión de si la demasiada exacti-

tud histórica y arqueológica, á la que se muestra tan inclinado el arte moderno, será un sintoma de decadencia más bien que de progreso, y si no son preferibles los anacronismos de los antiguos, á cambio de su inspiración vigorosa, que prescindía de las condiciones de lugar y tiempo. En realidad la mayor ilustración de los pintores modernos ha ensanchado el campo de sus inspiraciones, y embellece con nuevo prestigio la composición, pero cuando este prestigio es el único, cuando el público se acostumbra á conceder su admiración á lo secundario, y á contentarse con él, como sucede en nuestros días, es de temer el artificio y el amaneramiento. Ocorre con la pintura en este sentido, lo que con el teatro. La propiedad escenográfica indudablemente es una gran cosa, pero lejos de constituir el ideal de la representación escénica, es hasta cierto punto contrario á él. El ideal sería que las obras dramáticas fuesen tan inspiradas, y tan candoroso el público, tan viva su imaginación, que prescindiera del traje de Hamlet para fijarse en lo que dice, y pasara por alto los mayores anacronismos que hoy consideramos pecado mortal, embebecido en las pasiones y los caracteres. Así, por lo que se refiere al cuadro de Boulanger, creemos que nada podrá reprocharle el anticuario, pero al artista, aún apreciando en lo que valen las cualidades del autor, le parece obra ajustada á patron conocido.

ARTE Y LETRAS



Photographie de M. J. G. G.

M. J. G. G.

El gypso

Représentation au Théâtre de la Ville

Paris, le 15 Mars 1854

M. J. G. G.

E. DOMENECH Y C^{IA} EDITORES - BARCELONA



Photographie original de l'Exposition

Améliorée - Publiée par E. Domenech

La Disputa

Impreso y Publicado por DOMENECH Y C^{IA} Editores
Paseo de San Juan - 12 - Madrid

Fotógr. por E. H. Blumenthal

Améliorée - Photographie originale de l'Exposition

ARTE Y LETRAS



Printed by J. Buxton

Julio Buxton, C. S. M.
1875
Photography copyright & C^o

La noche de san Juan

Impreso & Publicado por J. Buxton, C. S. M.
Paris, Londres, La Haya

Printed by J. Buxton

Printed & Published by J. Buxton